



POLICÍA PODRIDA

ALAN STAR



POLICÍA PODRIDA



Policía podrida

por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 12.909 – 1960

Número de Registro: 5.023 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

POLICÍA **PODRIDA**



CAPÍTULO PRIMERO



LEMEMENT PAYNE bostezó otra vez. Su posición no podía ser más cómoda, ya que se había sentado en el sillón giratorio y tenía los pies sobre la mesa, maculando el secante que había sobre su carpeta.

La máquina de escribir estaba, a un lado, sobre una mesita auxiliar.

Y en posición semejante, Charles Weber estaba al otro lado de la habitación, resolviendo un crucigrama y bostezando al mismo ritmo que su compañero.

Fue Payne, después de encender un cigarrillo, quien rompió el pesado y habitual silencio que allí reinaba

— ¡Me largo, Charles!

Weber levantó la cabeza, mirando a su amigo.

— ¿Cómo? ¿Vas a irte ya? ¿Por qué?

— Porque es la hora. Si me he quedado un poco más ha sido para ayudarte en tu crucigrama. Pero Cyntia debe esperarme ya...

— ¡Dichoso tú!

— ¿Por qué?

— Porque tienes una mujercita que todas las noches te espera ; en cambio, yo, cuando salgo de aquí a la madrugada, tan aburrido como siempre, tengo que ir de bar en bar hasta haberme «cargado» lo suficiente para dormir nada más que caer en la cama.

— Te comprendo. Aunque, como ves, no es nuestra la culpa de aburrirnos de esta manera. ¿A quién se le ocurre destinarnos a la sección de sucesos cuando no ocurre absolutamente nada? Antes, por lo menos, cuando estaba en «notas de sociedad», me divertía más.

— ¡No te quejes! Vives en la ciudad más tranquila del mundo, donde una borrachera nocturna o una pelea entre comadres posee la categoría de suceso sensacional...

— ¡Bah!

— ¿Es que querrías un muerto todos los días?

— No es eso. Lo que quiero, sencillamente, es que supriman esta sección, ya que no hay nada para llenarla. No vayas a creer que no me gusta vivir en una ciudad como Venusville y que no me agrada la tranquilidad que existe en ella, la serenidad de sus habitantes y la eficacia de su policía. Todo eso me agrada... Pero lo que no puedo soportar es esta tortura de estar aquí ocho a diez horas diarias, esperando que pase algo que de antemano sé que no va a pasar.

— Yo voy a intentar que me pasen a «deportes».

— Harás muy bien. Yo también tengo mis proyectos.

Los ojos de Charles brillaron.

— ¿Un secreto, Clement?

— A medias, Hasta ahora quería que fuese un secreto, pero no me importa que tú lo sepas.

— ¿De qué se trata? — se interesó el otro.

— Estoy terminando un libro sobre historia.

— ¡Caramba! ¡Qué guardadito lo tenías!

— He trabajado todo el invierno pasado. Ya sabes que hay que escribir un libro para poder ingresar en la sección literaria. ¡Estoy cansado de esta vida, Charles! Y cuando haya logrado pertenecer a esa sección cenaré tranquilamente en mi casa escribiendo, sin tener que pasarme las horas muertas aquí, haciendo el idiota, todos los días.

— Sin embargo, tú querías ser periodista.

Payne entornó los ojos, reconcentrándose.

—Es cierto. Entre periodista y escritor hay un abismo... y yo, francamente, preferí siempre lo primero; pero ¿qué quieres? ¿Es que acaso somos periodistas ahora?

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

Charles había encendido a su vez un cigarrillo.

Y después de lanzar hacia el techo un cono de humo dijo:

—Oye, Payne : deseaba hacerte una pregunta.

— ¿Cuál?

— ¿Por qué crees que no ocurre nada terrible en esta ciudad?

—No lo sé.

—Ya sabes que llevo mucho más tiempo que tú en esta sección. Y he tenido ocasión de ver y oír cosas.

— ¿Cuáles, por ejemplo?

— ¿Has oído hablar de Joe Knapp?

— ¿El dueño de los Supermercados?

—Sí.

— ¿Y qué hay de ese hombre?

—Fue un «gangster», Payne.

Clement se encogió de hombros.

— ¿Y qué? Ahora se ha convertido en un hombre normal, como tú y yo... Su pasado, si ha liquidado con la justicia todas las cuentas pendientes, no cuenta para nada. Creo que ése es el mayor mérito del comisario general de la policía: haber obligado a los antiguos granujas a ponerse del lado de las personas decentes.

Parecía, como si Charles no lo hubiera escuchado.

Porque con el mismo tono de voz, como si continuase su propia frase, dijo:

—No soy un escéptico respecto a la raza humana, pero me permito dudar de que haya hombres que cambien de esa manera tan radical.

—Si les han obligado al cambio por la fuerza y no han tenido más remedio que hacerlo...

—No sé. Hay cosas, en verdad, que no llego a comprender del todo.

—Eso no nos importa: vivimos en una ciudad tranquila y donde da gusto vivir. Tenemos una policía eficaz, y si nuestro director ha cometido el error de mantener la sección, de sucesos, que no hace

maldita falta, somos nosotros los que tenemos que salir de ella, buscando un trabajo que satisfaga mejor nuestros deseos y aspiraciones,

— ¡Bien hablado! Tú a la sección literaria, como un hombre importante... y yo a deportes.

—Eso es.

Payne se había puesto en pie.

—Ahora sí que me voy, Charles. No quiero que Cyntia se preocupe.

—Hasta mañana.

Clement fue hacia la percha, cogió su sombrero y su impermeable y salió, después de hacer un nuevo gesto de despedida a su compañero, que había vuelto a concentrar su atención en el crucigrama.

Al salir del edificio que ocupaba la «Venus Gazette», Payne se encontró con lo de siempre: una llovizna que caía, haciendo bridar el asfalto de la calle como el lomo de un colosal cetáceo.

Consultó el reloj.

Habían dado las diez y las calles estaban casi completamente desiertas. La lluvia había alejado a la gente de los parques y terrazas, haciendo que volviesen a sus casas o fuesen a buscar un poco de cálido ambiente en el interior de los bares.

En eso pensó también el joven periodista, avanzando por la acera hasta que penetró en uno de los locales de la avenida, diciéndose que podía permitirse tomar un trago antes de volver a casa.

El bar estaba bastante lleno y Clement tuvo que abrirse paso hasta el mostrador.

— ¡Un «gin-allo»! — pidió.

Acodado en la barra, fue bebiendo el contenido del vaso poco a poco, reflexionando en su vida actual, en los proyectos para el futuro, en lo que le había dicho. Charles...

— ¡Yo sí que tengo fe en la humanidad —se dijo—. Un hombre, por muy malo que haya sido, puede colocarse del lado de la Ley cuando es inútil hacer o intentar otra cosa...

¿Quién no conocía en la ciudad a Joe Knapp?

Ahora debía de frisar en la cincuentena y era un hombre alto, de constitución maciza, con unas cejas hirsutas, pobladas y del mismo color miel que sus cabellos.

Clement le conocía por haberle entrevistado y fotografiado docenas de veces, ya que Knapp gustaba de entregar sumas

importantes para las sociedades infantiles y recreativas de la ciudad. Dos parques llevaban su nombre y había infinidad de centros y cantinas en las que su fotografía, en gran formato, lucía en las salas, siendo respetado y venerado por los que habían sentido su amabilidad en forma lindos cheques.

Podía haber sido, en el pasado, un bandido de los peores, como decía Weber; pero ahora no lo era y lo normal era olvidar sus antiguos errores y considerarlo como un ciudadano más de Venusville.

Terminado su vaso, Clement pagó, saliendo del local.

Eran las diez y cuarto.

Un reloj lejano dejó sonar una campada, que resonó en las calles vacías y silenciosas. El periodista, pensando que se había retrasado un poco e imaginando a su esposa sentada ante la mesa puesta, con la mirada fija en el reloj del «living», se dijo que adelantaría más tomando Cleber Avenue, para lo que tenía que atravesar Solder Street, la nueva vía bordeada de árboles que había sido trazada hacía poco.

Apretó el paso.

El agua seguía cayendo del cielo en forma de velo fino, haciéndose perceptible sólo junto a los faroles, donde la cortina líquida brillaba como si se tratase de un collar de diminutas perlas que se hubiera roto en el espacio.

Pegándose a los árboles, Payne penetró por la nueva calle y avanzó decidido, pensando ya en su cálido hogar y en la maravillosa presencia de Cyntia.

Ella había sido la única razón que le permitió resistir aquellos años de vida insulsa en el periódico, cuando siempre creyó que su existencia iba a estar repleta de emociones e imprevistos.

Sonrió.

Había llegado casi al extremo de la avenida cuando vio al hombre.

Era una silueta huidiza, que el asfalto repetía vagamente: un hombre que corría como un desesperado por en medio de la avenida, como si el mismísimo diablo en persona le persiguiese.

Clement se lo quedó, mirando, preguntándose qué debía pasarle a aquel sujeto.

La respuesta se produjo por sí misma.

Un coche poderoso, último modelo de birreactor, apareció al fondo. Llevaba encendidos los faros de ciudad; pero, nada más entrar en el paseo, accionó los de carretera. Y la silueta del hombre se recortó crudamente, rodeada de luz, como un personaje de teatro en un momento culminante de la escena.

Al verse sorprendido, el hombre se volvió hacia el coche inútilmente, ya que la poderosa luz de los focos le cegaba. No se volvió, en realidad, más que un corto instante, echando a correr de nuevo.

Silencioso su poderoso motor, el vehículo se lanzó tras él.

Clement estaba como clavado en el suelo, sin saber qué hacer ni qué pensar. Lo inesperado de la escena le había dejado helado, incapaz de ninguna clase de reacción.

Por otra parte, los acontecimientos se precipitaron de una forma tan rápida que Clement se dijo después que hubiera sido imposible hacer nada, en ningún sentido.

El hombre, cuando vio que el coche se le echaba encima, intentó hacer un regate, yendo hacia los árboles, que le hubieran protegido. Pero el conductor del vehículo debió haber adivinado su idea porque aceleró de golpe, brutalmente, sin que él poderoso motor dejase oír el menor ruido.

Lanzado, como una siniestra catapulta, el coche cogió al hombre cuando éste llegaba junto a la acera, a menos de diez metros del lugar donde estaba el periodista paralizado de horror.

El golpe fue horrible.

Empujado por la masa del coche, el hombre salió disparado, chocando con el húmedo asfalto con un ruido siniestro, como si alguien acabase de aplastar un fruto verde entre sus manos.

Por un momento el coche que se había detenido, iluminó con la luz cruda de sus faros la figura del hombre, caído como un muñeco desarticulado en medio del asfalto. Luego, dulcemente, el vehículo se puso en marcha, alejándose a gran velocidad por la larga avenida.

No sin que Clement viese su matrícula:

«VV - 635042».

El silencio y la oscuridad cayeron sobre la avenida.

Como si nada hubiera ocurrido.

Deshaciéndose del envaramiento que se había producido en su cuerpo, Payne corrió hacia el hombre, arrodillándose a su lado y volviéndole boca arriba.

La sangre cubría su rostro, brotando de su cabeza, que debía haber sufrido directamente el golpe contra la calzada.

Clement se dio cuenta de que nada podía hacer por aquel desgraciado. Y cuando se disponía a dejarle allí, creyéndole muerto, el otro respiró, entreabriendo sus ojos, que hasta el momento había

tenido cerrados.

—¡¡ Willy!! — exclamó.

No dijo más.

Pareció como si su cabera cayese por haberse truncado el cuello repentinamente.

Había muerto.

Incorporándose, Clement lo contempló en silencio, preguntándose qué podía hacer.

Desde luego urgía avisar a la policía; pero, al mismo tiempo, aquél era el primer hecho violento que le había sido permitido ver desde que estaba en la sección de sucesos de la «Venus Gazette».

¿Iba a dejar perder una ocasión semejante?

Toda su alma de periodista estalló, sin poder contenerse, en el ansia que había experimentado hasta entonces. Y ya que no había podido hacer nada por el hombre que yacía a sus pies, al menos debía aprovechar una información que sería como un aldabonazo formidable a las pacíficas páginas del periódico.

¡Menudo escándalo!

La hermosa y tranquila ciudad de Venusville convertida en un lugar en el que se asesinaba a un hombre de una forma cruel, aplastándolo con las ruedas de un coche...

Se estremeció.

Hubiese ido directamente al periódico, volviéndose sobre sus pasos si no hubiera pensado en Cyntia, que debía estar empezando a sufrir por su inhabitual tardanza.

Miró al cadáver, diciéndose que era muy difícil que le descubriesen en aquella calle desierta y por la que casi nadie pasaba aún. Por otra parte, razonó, aunque, el cuerpo pudiera ser descubierto, nadie podría explicar la forma en que el hombre había muerto y el número de la matrícula del coche, que estaba grabado en la memoria de Payne de una metiera imborrable.

Siguió el camino hacia su casa.

Momentos después subía las escaleras que llevaban a la puerta del piso en que vivía. Y cuando hizo girar la llave en la cerradura su emoción se había agrandado, ya que había sopesado las posibilidades del triunfo periodístico que iba a conseguir.

Abrazó a Cyntia, una muchacha, rubia, de aspecto débil, pero con un brillo extraordinario en la mirada.

— ¡Buenas noches, amor mío!

Cyntia dijo:

—Empezaba a estar preocupada, querido.

Él la miró, besándola repetidas veces.

Luego dijo:

— ¡He tenido una suerte loca, Cyntia! Y voy a volver al periódico ahora mismo...

— ¿Eh? ¡Pero si la cena está preparada, Clement!

—Volveré dentro de media hora, cariño. ¡Es mi única ocasión!

—Pero ¿qué ha ocurrido?

Payne le contó, un poco atropelladamente, lo que había visto.

Y la muchacha, con los ojos dilatados por el horror, exclamó:

— ¡Es espantoso, Clement! ,

Payne dijo:

—Lo sé, cariño. Más no hay que preocuparse. Con el número de la matrícula que te acabo de decir la policía no tardará más de dos horas en cazar a los culpables. Pero, para mí, compréndelo, amor mío, es una ocasión única, algo extraordinario que no esperaba. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí... pero no tardes mucho.

—Volveré en seguida. Voy a ver si encuentro un taxi en Venus Square. Así llegaré antes.

—De acuerdo, cariño. Guardaré la cena hasta que vuelvas.

—Adiós.

Se besaron y Payne, que no se había quitado ni el sombrero ni el impermeable, volvió a bajar las escaleras, saliendo a la calle, por la que empezó a andar apresuradamente camino de la plaza donde esperaba encontrar un coche.

La lluvia seguía cayendo, pertinaz, casi como una neblina.

Clement marchaba excitado, dándole vueltas en la cabeza al título que mejor convendría al artículo que el director, sin ninguna clase de dudas, llevaría a la primera página, utilizando los más grandes titulares de las linotipias.

«¿Desaparece La Paz De Venusville?»

«¿Los Asesinos Vuelven A La Ciudad?»

Cruzó un par de calles y había empezado a caminar por Park Street cuando oyó algo a su espalda que le hizo volverse.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

¡Era el coche de antes, con las luces mortecinas de ciudad, pero visible en la parte delantera, su matrícula!

«VV- 635042»

¡No cabía la menor duda!

Al echar una ojeada a la larga y estrecha calle que había tomado Payne se dio cuenta de que había caído, sin darse cuenta, en una estúpida ratonera.

Todas las puertas estaban cerradas a aquella hora; tampoco había bar ni establecimiento alguno en aquella calleja, cuya longitud le parecía en aquellos momentos interminable.

Echó a correr.

Desesperadamente, poniendo todas sus energías en ello, pensando que la muerte estaba tras él y que ellos, que, al parecer, sabían que había visto su anterior asesinato, no iban a dejar que hablase, sobre todo si conocían su identidad de periodista.

Corría.

El vehículo, al principio, siguió avanzando lentamente, como si su conductor gozase de la seguridad que poseía de alcanzar al fugitivo antes de que llegase a la plaza.

Luego, de repente, el coche salió disparado, tan silenciosamente como hasta entonces. Y los focos abrieron un océano de luz en la que Clement quedó prendido, como en los fuertes hilos de una poderosa tela de araña.

Al sentirse envuelto por la luz, Clement corrió aún más, sin preocuparse de los saltos alocados que su corazón daba en el tórax, como si él deseara escapar también al peligro que se les echaba encima.

El vehículo salvó, en un abrir y cerrar de ojos, la distancia que le separaba del hombre. Y en ningún momento moderó la velocidad que llevaba, que era ya grande, de modo que cuando atrapó al periodista no hubo más que un sonido ligero, que se centuplicó al estrellarse Clement contra la pared de una de las casas, contra la que fue lanzado con una violencia extraordinaria.

No hacía falta que los ocupantes del coche bajasen para comprobar el estado de su víctima.

El cráneo de Clement había estallado como una granada, salpicando de sangre y masa encefálica un buen trozo de pared y asfalto. '

El coche se alejó tan silencioso como siempre, con los faros de ciudad encendidos, hacia Venus Square.

CAPÍTULO II



YNTIA miró, inquieta, el reloj, cuyas saetas marcaban ya las doce menos cinco. Fue una vez más a la cocina, en cuyo horno había puesto la comida, y luego miró con pena la mesa puesta en el «living», con las flores que había agregado en última instancia para celebrar con Clement el triunfo periodístico de aquella noche.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Ella se quedó inmóvil, segura de que no se trataba de su esposo, ya que éste llevaba siempre consigo la llave del apartamento.

¿Entonces?...

Su intuición femenina se había puesto en marcha.

Y una especie de vahído hizo que tuviera que apoyarse en el borde de la mesa.

Como si...

Llamaron de nuevo.

Dirigiéndose hacia la puerta, Cyntia dudó aún unos instantes,

decidiéndose después a abrir.

Un hombre joven, de anchas espaldas, le preguntó:

— ¿La señora Payne?

—Sí.

— ¿Puedo pasar?

—Sí...

El hombre llevaba un impermeable negro que dejaba escurrir las gotas acumuladas en él. Pero no se lo quitó, dejando que ella cerrase la puerta para seguirla hasta el «living».

El hombre miró la mesa y las flores.

Luego dijo:

—Soy un compañero de redacción. Su esposo me llamó por teléfono, hace poco... Le estábamos esperando y no ha llegado.

Ella no se atrevía a mirarle a la cara; los ojos de la mujer estaban fascinados por aquellas manos de dedos cortos y cuadrados, con uñas sucias y abandonadas, lo que formaba un contraste enorme con el solitario que el hombre llevaba en el anular derecho.

Contestó sin levantar la cabeza:

—Estuvo aquí para decirme que le guardara la cena.

— ¿No le dijo nada más?

—Nada. Es decir, me dijo que volvía al periódico, lo que me extrañó muchísimo.

— ¿No le dio ninguna explicación?

—No,

— ¿Tampoco le habló de algún suceso que hubiera descubierto?

—En absoluto. No hizo más que darme un beso y decirme que volvería en seguida.

Hacía lo imposible porque él no se percatase del temblor que la agitaba.

El hombre la miraba en silencio.

—Está bien — dijo al cabo de unos instantes —Me hubiera gustado saber lo que ha descubierto. Hemos trabajado juntos muchas veces y podría ayudarle de verdad...

—Seguro que está en el periódico. Él mismo se lo dirá.

—Desde, luego. Me marchó, señora...

Se había llevado la mano al borde de su sombrero y precedió a la joven, que le acompañó hasta la puerta.

—Adiós, señora Payne.

—Adiós. Y diga a mi marido que regrese pronto.

—Así lo haré.

Cuando hubo cerrado la puerta tuvo que apoyarse en ella para no caer.

¿Por qué había ocultado a aquel hombre lo que Clement le había dicho?

Desde luego, ahora, pensándolo mejor, Cyntia se decía que había obrado bien, ya que el tipo que acababa de salir no tenía, ni mucho menos, aspecto de periodista.

¡Aquellas manos!

Volvió al «living» apoyándose en las paredes del pasillo, dejándose caer luego sobre uno de los sillones, con la mirada perdida, presa de ideas contradictorias que no podía explicarse.

Permaneció allí, luchando desesperadamente contra la intranquilidad y la desesperación que se iban apoderando de ella. Y así, tres horas más tarde, fatigada por la tensión emocional y nerviosa a que había estado sometida, terminó por quedarse dormida, cayendo en un sueño repleto de espantosas pesadillas.

* * *

El timbre de la entrada sonaba con una insistencia desesperante.

Cyntia se despertó, sobresaltada, viéndose inundada por la luz del día que penetraba a chorros por la ventana del «living». Pasándose la mano por los cabellos, se los alisó un poco, oyendo el timbre que seguía repicando.

— ¡Ya voy! —advirtió.

Todavía un poco adormecida, dirigióse a la puerta, abriéndola de par en par.

Un hombre impecablemente vestido y bastante joven se inclinó ante ella, con una sonrisa convencional en los labios.

—Buenos días, señora. Soy el inspector Morgan, de la policía de Venusville.

—Pase, señor inspector.

Le condujo hasta el «living». Y al sorprender la mirada que el policía echaba a los cubiertos puestos y las flores que habían empezado a marchitarse, se estremeció, recordando de golpe la visita de la noche anterior.

—Siéntese, inspector.

Obedeció el otro, notando ella que no llevaba impermeable y que el traje estaba completamente seco, lo que demostraba que la lluvia

debía de haber cesado.

Se acomodó también ella en silencio.

—Señora.

Había algo en la mirada del policía que hizo que Cyntia sintiese como un agudo dolor en el pecho,

Y completamente despabilada inquirió, con un tono de histeria en la voz:

— ¿Dónde está mi marido?

El inspector dijo:

—Precisamente venía por eso...

Ella no dijo nada.

Era incapaz de dar curso a sus ideas, de orientarlas. Su respiración había aumentado de intensidad y una especie de ahogo le impedía despegar los labios.

—Ha sido un desdichado accidente, señora — dijo el policía con voz suave.

Y como ella no dijese nada, continuó:

—Fue atropellado, desgraciadamente, cerca de aquí... Puedo asegurarle que no sufrió mucho...

Las lágrimas caían silenciosamente d® los ojos de Cyntia.

No reaccionaba, ni mucho menos, de la manera que ella misma hubiese imaginado; pero, en el fondo, su reacción estaba íntimamente unida a aquella premonición extraña que había tenido la noche anterior cuando el hombre del solitario la visitó.

— ¿Han podido detener al culpable? — inquirió después de una pausa larguísima.

— ¡Desde luego! —la voz del policía se animó un tanto—. ¡Se trataba de un conductor borracho! Llevaba un coche viejo, del tipo de los que casi han desaparecido. Justamente fue ese mismo conductor quien atropelló un poco antes a otro tranquilo ciudadano.

Ella no dijo nada

El miedo le había paralizado la lengua, pero su mente corría a toda velocidad.

Porque ningún coche antiguo podía llevar una matrícula, seiscientos mil, que correspondía a los vehículos inscritos recientemente...

Pasó mucho tiempo antes de que de nuevo pudiera decir algo.

— ¿Dónde lo han llevado?

—Está en el Hospital Central, señora Y desearía que viniese usted

conmigo... Es sólo un momento, pero necesitamos su presencia para el reconocimiento oficial.

—Lo comprendo.

—No sabe cuánto lamento esta clase de misiones..., pero alguien debía hacerlo.

—Voy a vestirme.

Desapareció y el policía volvió a mirar los cubiertos, la mesa impecable con el immaculado mantel y las servilletas dobladas por donde era preciso hacerlo.

Todo en orden, limpio.

Y las flores...

Frunció el entrecejo y las contempló en el jarroncito. Luego, cuando la mujer reapareció, ya vestida para la calle, señaló las flores:

— ¿Celebraban ustedes algo, señora?

Ella se estremeció, pero su reacción no podía ser más natural en las circunstancias que atravesaba.

—No... —musitó con un hilo de voz—. Era una costumbre de mi marido. Amaba unas flores en la mesa.

— Perdone mi curiosidad; se lo suplico.

—No tiene importancia. ¿Vamos, inspector?

— Sí, señora.

Un coche de la policía les esperaba, abajo. Cyntia sí apresuró a entrar en el vehículo, evitando los rostros curiosos de algunas vecinas que estaban en el portal.

Se mordió los labios.

Una vez en marcha, el inspector Morgan, que se había, sentado a su lado, se volvió hacia ella.

—Hemos previsto el pago de cien mil créditos de indemnización, señora Payne. Porque suponemos que su vida va a cambiar desde ahora.

—Evidentemente...

— ¿Puedo conocer sus planes?

—Una vez que Clement esté enterrado volveré inmediatamente a la Tierra.

— ¿Tiene familia allí?

—Sí, mis padres y un hermano.

— ¿Dónde?

—Somos oriundos de Texas, pero vivíamos, hace tiempo, en Boston... Allí conocí a Clement...

Y el inspector, atreviéndose a poner una mano sobre la de la joven, dijo:

—Serénese, señora... Por desgracia, no podemos hacer nada por él; pero puede estar segura de que el culpable pagará su culpa.

Ella no dijo nada, siguiendo sin despegar los labios hasta que llegaron al hospital. Una vez allí el policía la condujo al depósito, donde Cyntia pasó unos instantes de indecible angustia.

Pero había algo en su espíritu que la mantenía firme por encima de todas las pruebas que el destino, pudiera ofrecerle aún en aquel desencadenamiento bárbaro de dolor en que la había precipitado.

Miró el rostro de Clement, que ya había sido arreglado por los médicos, y que ofrecía un aspecto de serenidad indudable. Hasta en sus labios asomaba un esbozo de sonrisa... de aquella sonrisa que la había, hecho tan feliz.

Y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre en ellos, se dijo, en lo más hondo de su corazón:

—Adiós, Clement, amor mío. Creo que estarás orgulloso de mí y aún lo estarás más cuando sepas que dedicaré mi vida entera a vengarte...

Abandonó el tétrico lugar, pasando unos instantes en compañía del inspector, que tomó nota de sus deseos para la inhumación del cadáver, así como las últimas disposiciones para entregar a la joven viuda la indemnización que le correspondía.

Una semana más tarde Cyntia, rigurosamente vestida de negro, subía al astrocohetes que iba a alejarla para siempre del planeta en cuya húmeda tierra quedaban los restos mortales de un periodista llamado Clement Payne.

* * *

Carter apretó fuertemente con la mano derecha la culata de su pistola, una «Lüger» especial, dirigiéndose hacia la entrada del túnel que se abría ante él.

A su lado, el profesor le tocó ligeramente el brazo.

—No te pongas nervioso, muchacho: es la última prueba.

Carter se volvió ligeramente.

—Lo sé, señor...

—No olvides que los receptores electrónicos irán midiendo exactamente tus reacciones. Muéstrate sereno y dispara, en cada ocasión, como corresponde.

—Sí, señor; así lo haré.

— ¡Adelante y suerte!

—Gracias.

Olvidando la presencia del profesor y concentrando toda su atención en el túnel, Carter salvó la distancia que le separaba de la entrada, penetrando decididamente en la galería.

Ésta estaba medianamente iluminada y sus paredes lisas no parecían ofrecer ninguna solución de continuidad, aunque él sabía que el «peligro» podía surgir, en cualquier momento, de cualquier lugar.

Avanzó.

Tenía todos los nervios en tensión y su dedo acariciaba el gatillo, recordando, al mismo tiempo, que una simple presión haría salir las balas anestésicas y que una presión mayor, hasta el fondo, llevaría al cañón las balas de acero, mortales y terribles.

El silencio era impresionante.

Carter avanzaba sobre las puntas de los pies, pendiente de ambos lados de la galería, con la pistola ligeramente apoyada en la cadera derecha y los dedos apretados con fuerza en la pulida culata.

Una luz cegadora se abrió a su derecha.

Había una silueta que corría y Carter hizo fuego dos veces consecutivas, viendo que el hombro vacilaba y caía.

Casi en el mismo instante la pared de la izquierda se corrió, dejando ver una ventana por la que había aparecido un hombre de rostro patibulario, con una metralleta en la mano.

Carter se tiró al suelo, oyendo las balas que pasaban sobre su cabeza como una bandada de furiosas avispas. Disparó con precisión matemática, sonriendo al ver la marca negruzca que aparecía en la frente del de la metralleta.

Entre ceja y ceja.

Incorporándose, siguió caminando.

Y súbitamente la galería se abrió a, ambos lados. Una mujer que corría hacia él con un cuchillo en la mano surgió a su derecha; pero el agente no hizo caso, volviéndose hacia la izquierda para disparar contra dos hombres que también corrían hacia él.

Volvióse como una flecha, dando la presión «uno» al gatillo. Antes de caer, la mujer lanzó un objeto hacia él.

Algo explotó a sus pies y Carter reprimió la respiración, corriendo hacia el fondo del túnel, sabiendo que si abría la boca caería sin sentido por el efecto del artefacto de gases anestésicos que la mujer le había lanzado.

Iba corriendo cuando de nuevo la parte izquierda se abrió: dos

colosales perros surgieron ante él.

Dos disparos con la presión «dos».

Un ruido, momentos después, le hizo volverse a tiempo de ver que un vehículo se lanzaba sobre él a toda velocidad.

Dejóse caer a un lado, no importándole nada el fuerte golpe que se dio contra la base del muro.

Pasó el coche como una exhalación por su lado.

Y él disparó con presión «dos», viendo con satisfacción cae los dos neumáticos posteriores estallaban con una inerte y casi simultánea explosión.

El túnel se iluminó por completo.

Y el profesor, que avanzaba tras el agente, acercóse a éste con una simpática sonrisa, en los labios.

— ¡Bravo, Winston!

El agente exclamó:

—Gracias, señor,

—Vamos al laboratorio. Creo que no ha habido fallo alguno.

Retrocedieron, saliendo del túnel para penetrar en un edificio vecino, dirigiéndose a una mesa ante la que había un hombre de rostro agradable, casi completamente calvo, con mirada de águila.

Aquél era el célebre doctor Sullivan, Pat para los amigos, el jefe de investigaciones médicas de la «Spacial International Police» e íntimo de Donald Callowan.

El profesor se acercó delante del muchacho.

— ¿Qué tal, doctor?

— ¡Magnifico! ¡Ni un solo error! Ya puede darle su diploma, Mercier...

Éste se volvió a Winston.

—Ya lo has oído, muchacho. Vamos a ver al jefe.

Una emoción intensa se apoderó del corazón de Carter, que, momentos más tarde penetraba, acompañado de Mercier, en el imponente despacho del jefe de la SIP.

Callowan trabajaba, con uno de sus famosos habanos al alcance de la mano.

— ¡Buenos días, señor! — saluda Mercier.

Callowan levantó la mirada y sonrió al joven agente.

— ¿Qué tal, muchacho?

Fue Mercier quien contestó:

—Ha hecho una prueba excelente en el túnel, señor: la última que

le faltaba.

— ¡Enhorabuena, Winston!

—Gracias, señor Callowan.

Donald dijo:

—Ahora, puesto que acabas de convertirte en un nuevo agente de la SIP, vas a recibir tu nombramiento y te dejaremos pasar una semana en tu casa. ¿Dónde vive tu familia?

—En Boston, señor. Tengo, además, una hermana casada en Venus.

—Tendrás que esperar un poco para, verla. Quizá tengas alguna misión allí.

—Es igual, señor. Hablaré con Cyntia desde Boston.

—Como quieras. Mercier...

—Que le graben su carta de identidad y que le den permiso de una semana...¹

Alargó la mano por encima de la mesa, estrechando con fuerza la del joven, y con voz emocionada dijo:

— ¡Carter Winston! ¡Ya eres uno de los nuestros!

— ¡Que el Señor te dé muchísima suerte!

CAPÍTULO III



NTES de que el avión se posase sobre la pista Carter, sin poder contenerse, echó una ojeada a la ciudad, sintiendo una intensa emoción al volver a verla después de cinco años de ausencia y sin haber gozado de un solo permiso, aunque su madre había ido a verle un par de veces mientras él permanecía en la Escuela de la SIP.

Una vez fuera del aparato se apresuró a tomar un taxi, haciéndose conducir hacia uno de los barrios residenciales donde su familia habitaba. Durante el trayecto se mantuvo todo el tiempo con el rostro pegado a la ventanilla, devorando ávidamente con la mirada las calles,

las plazas y los lugares todos que estaban repletos de recuerdos para él.

Cuando el vehículo se detuvo ante el cuidado jardín de la casa de los Winston la emoción llegó a su grado máximo. Y el joven procuró hacer el menor ruido posible para, después de atravesar el jardín, llegar a la parte posterior de la casa y entrar por la puerta de la cocina para que la sorpresa de los suyos fuese más grande.

Acercándose a la puerta mosquitera que había atrás adivinó más que vio la silueta de una joven que, de espaldas estaba ante la cocina.

¡Lástima que la nueva criada estuviese allí!

Le hubiera gustado sorprender a la vieja cocinera, Anne, o bien a su madre, que, a veces, bajaba antes que nadie para preparar el desayuno de todos. En cuanto a su padre, debía estar en el comedor con el periódico abierto ante la mesa, leyendo los artículos de fondo antes de irse a trabajar al Banco.

¡Su familia!

Jamás imaginó que pequeños detalles estuvieran llenos de tan agradable sensación y representasen tanta en el alma de un hombre; pero era así, sin ningún género de dudas, y ahora lo experimentaba en sí mismo mientras con una mano nada segura abría la puerta de la cocina.

Debió hacer algún ruido, porque la joven se volvió da pronto, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos, llevándose una mano a los labios.

También se sorprendió él, sintiendo que le flaqueaban las piernas. Luego, corriendo hacia ella, exclamó:

— ¡Cynthia! ¡Hermana mía!

Ella tenía, ya los ojos arrasados de lágrimas y no pudo hacer más que apretar muy fuerte contra su pecho a Carter, que estaba igualmente emocionado.

Estuvieron unos instantes juntos, el uno contra el otro; luego, Carter se separó de la muchacha, limpiándole las lágrimas con un pañuelo que había sacado del bolsillo.

— ¡Y yo que te había tomado por la nueva criada!

— ¿Dónde diablos se ha metido Anne?

—Ha ido a la compra. ¡Cuánto me alegro de verte, Carter!

— ¡Y yo! Jamás hubiera imaginado encontrarte aquí... ¿Y mamá y papá?

—Están en el comedor. Ven.

Le cogió de la mano.

Una vez en el comedor, la escena se repitió, en lo que respectaba a la madre, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de alegría. Winston padre abrazó a su hijo y momentos después dijo, sonriendo:

— ¡Basta de lágrimas. Siéntate aquí, a mi lado, hijo mío...! ¡Ese desayuno, mujeres!

Las dos se fueron, con los ojos llenos de lágrimas, hacia la cocina. Y una vez solos, el padre inquirió:

— ¿Cómo te van las cosas, Carter?

— Muy bien, papá. Ayer logré terminar el curso final. Ya soy un agente de la «Spacial International Police».

— ¡Bravo! Siempre pensé que serías capaz de pasar los exámenes. ¿Contento de todo?

— ¡Ya puedes imaginártelo, papá!

—Me alegro por ti. Aunque, desdichadamente, no podemos recibirte con la alegría que debiéramos haber tenido todos.

Carter frunció el entrecejo.

— ¿Ocurre algo malo, papá?

— ¿Es que no te ha extrañado ver a tu hermana aquí?

—Sí, pero...

—Clement ha muerto.

Fue como un golpe rudo en el pecho de Carter.

Se quedó mirando en silencio a su padre, intentando adivinar lo que éste había dejado por decir.

Por fin, incapaz de esperar más, preguntó:

— ¿Cómo ha muerto?

—Oficialmente, fue atropellado por un coche en Venusville. Pero Cyntia nos ha dado otra versión.

— ¿Cuál?

—Tu hermano político vio, con sus propios ojos, cómo un coche «cazaba», a un hombre, en una avenida de la ciudad, asesinándole fríamente. Corrió a su casa y dijo a Cyntia que iba al periódico para publicar aquella noticia sensacional... Nunca llegó a su despacho. El mismo coche se ocupó de impedirlo.

—Pero ¡eso es un asesinato!

—Lo sé — dijo sombríamente el padre —. El pobre Clement logró leer la matrícula del vehículo que mató al hombre que corría por la desierta avenida..., que iba a quitarle la vida momentos después.

—Pero... ¿y la policía?

—Espera un momento, Carter... Poco después de que Clement

saliese de su casa, un hombre fue a ver a tu hermana y con una sarta de mentiras intentó saber si su marido le había contado algo. Cyntia, sin saber aún por qué, sospechó de aquel tipo, diciendo que Clement no le había dicho absolutamente nada...

—Comprendo,

—A la mañana siguiente, se presentó un inspector, diciendo que tanto el hombre de la avenida, de cuya muerte fue testigo tu hermano político, como Clement, habían sido atropellados por un conductor borracho que conducía un viejo vehículo.

— ¿Es eso cierto?

— ¡En absoluto! La matrícula que Clement dijo a tu hermana correspondía a una de las más modernas de Venusville. La tengo grabada en la mente: es VV-635042... La VV corresponde a las iniciales de' Venusville.

—Ya lo sé.

El padre preguntó:

—Y ¿qué te parece?

— ¡Me has dejado de piedra! ¡Pobre Clement!

—Sí. Siempre me gustó ese muchacho y cuando se casó con Cyntia me alegré de tener un nuevo hijo. Ahora le he perdido...

— ¡No lo entiendo! ¿Cómo es posible que la policía no se diese cuenta de que se equivocaba? ¿Tan mala es la policía de Venus?

La mirada del padre poseía un extraño brillo.

—No lo sé, muchacho. Lo cierto es que el inspector se quedó mirando las flores que tu hermana había colocado para festejar el triunfo que esperaba lograr Clement con aquella sensacional noticia. Cyntia afirma que miraba las flores como si no encajasen en la idea que se había hecho.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero tu hermana podrá darte otros detalles. ¡Ah, hay algo que olvidaba!

— ¿De qué se trata?

—Antes de morir, el pobre hombre que Clement vio asesinar de tan vil manera, pronunció un nombre: Willy.

— ¿Willy?

—Sí.

— ¿Y no recuerda a Cyntia nada ese nombre?

—Nada.

Justamente en aquel momento entraba la muchacha, empujando

el carrito con el desayuno. Carter se levantó, besándola en las mejillas:

—Papá me ha explicado todo, Cyntia... ¡De verdad que lo siento!

— Gracias, Carter.

Sirvió ella en silencio, uniéndose a ellos la madre que trajo una tarta de las que gustaban a Carter.

Comieron sin cambiar apenas unas palabras; pero cuando terminaron, Cyntia levantó los ojos del plato, clavando la mirada en los de su hermano.

— ¿Ya eres policía, Carter? —inquirió.

—Sí, hermanita. Es decir, soy agente de la SIP. Acaban de darme el título. ¿Por qué me lo preguntas?

Los ojos de la muchacha adquirieron un brillo metálico.

Y sin poderse contener, exclamó:

— ¿Por qué quieres que te lo pregunte, Carter? ¿Es que papá no te ha explicado lo ocurrido?

—Sí, pero...

— ¡Déjate de peros, hermano! ¡Clement, mi marido, ha sido vilmente asesinado, no sé por qué!

Y yo llevo dos semanas aquí, esperando que acabases tus estudios, contando cada segundo, miran a la puerta a cada instante para ver entrar por ella a mi hermano...

—Ya estoy aquí, Cyntia.

— ¡Ya lo veo! También me doy cuenta de que no das mucho crédito a lo que papá te ha contado.

— ¡Cyntia, por favor! —intervino la madre.

—Déjala — dijo Carter. Y sonriendo a su hermana prosiguió—: Dime lo que desees, Cyntia: haré lo que quieras.

—No debes hacer lo que yo quiera, sino, sencillamente, cumplir con tu deber. No podéis dejar que unos asesinos, los que han matado a Clement, anden tranquilamente por ahí, seguros de que nadie se ha dado cuenta de lo que han hecho. ¿Crees que no pasé miedo aquella noche y al día siguiente? ¿Crees que no tuve que hacer un esfuerzo para no desmayarme y seguir mintiendo, cuando lo que deseaba era gritar a voces la verdad, decir que mi esposo había sido asesinado?

—Lo comprendo. Haremos lo que sea.

— ¡Claro que vais a hacerlo! Estoy dispuesta a lo que se presente: incluso pienso ir a ver a tu jefe.

— ¿Al señor Callowan?

—Sí. He oído hablar mucho de él y estoy segura de que no se

hará el sordo cuando me oiga relatarle lo ocurrido.

Y como Carter no dijese nada, prosiguió:

—Te he esperado con la esperanza de que me acompañases; pero, si no deseas hacerlo, saldré yo sola, hoy mismo, para Washington.

—Iré contigo, Cyntia. ¿Cómo puedes imaginar que no quiero ayudarte?

Ella se echó a llorar.

Levantándose, Carter fue a su lado, y le pasó el brazo por el cuello.

—Cálmate, hermanita, Saldremos esta misma tarde e iremos a hablar con mi jefe. Y no te preocupes; le rogaré que me encargue de este asunto... ¡Tu esposo será vengado!

Ella levantó el rostro, mirándole a través de las lágrimas con una luz de maravilloso agradecimiento.

— ¡Gracias, hermano! Ya sabía yo que obrarías así...

* * *

Donald Callowan hizo un gesto de asentimiento cuando Cyntia terminó su relato.

Y dirigiéndose a Carter, que había permanecido en silencio sentado al lado de la muchacha, frente a su jefe, dijo:

—Acompañe a su hermana, Carter. Que le aguarde un momento en la salita de al lado.

—Bien, señor.

Salieron los dos jóvenes, regresando poco después el agente, que volvió a sentarse cuando Donald se lo indicó con un gesto.

Después dijo:

—Ya has visto que he hecho muchísimas preguntas a tu hermana, Carter... Quería percatarme de que no había en su relato ningún residuo emocional que velase la verdad.

— ¿La cree, señor?

—Por completo. Posee un carácter estupendo y una entereza a toda prueba. Por fortuna para ella, guardó la serenidad y supo reservar lo que su intuición le hacía prever.

«Pero, de todos modos, hay algo que no acierto a comprender del todo: Venusville es hoy una de las ciudades más tranquilas del Sistema. Jamás ocurre nada extraordinario allí y la policía, podemos decir lo ha logrado limpiar las calles de la presencia de los antiguos «gángsters».

—Sin embargo...

—Sí, ya se lo que quieres decir. Pero yo, sin atreverme a afirmarlo del todo, creó que la policía fue engañada por alguien muy hábil: una persona que presentó una cabeza de turco en el tipo borracho con su viejo vehículo, y que ha debido pagar por los verdaderos asesinos.

Carter preguntó:

—Pero, ¿es que no hay en Venus laboratorios que puedan precisar si el viejo coche fue, en realidad, el que causó la muerte a los dos hombres?

—Desde luego que los hay. Pero basta que el dueño del vehículo lo limpie después del atropello para que los del laboratorio no puedan encontrar nada.

—Es cierto.

—Yo creo que las cosas han ocurrido de esta manera: el borracho, al dejar de estarlo y no pudiendo más con el peso que había caído sobre su conciencia, se presentó a las autoridades, declarándose autor de los dos atropellos. Si ha ocurrido así, nada más normal que la reacción de la policía... Pero como sospechamos que no ha sido de esta manera, tendremos que pensar que el borracho se ha presentado o bien a la fuerza o por una fuerte suma, lo que significa lo mismo.

Hubo una pausa. Luego Carter preguntó:

—Y ¿qué vamos a hacer, señor?

Callowan sonrió.

— No es difícil comprender lo que tú deseas, muchacho: se te lee en los ojos. Voy a enviarte a Venus...

— ¡Muchas gracias, señor!

—Un momento, un momento... Ya comprenderás que, siendo tu primera misión, tendrás que afilarte las uñas, puesto que todavía no has hecho un trabajo semejante.

—Desde luego.

—Bien. Lo más interesante es que trabajes completamente aparte de la policía local. Puedes empezar por investigar sobre la personalidad de ese borrachín, enterarte de dónde se encuentra y si lo han juzgado en Venus y que pena le han impuesto.

»Yo podría enterarme en poco tiempo llamando a Venus. Pero no deseo que allá sepan que nos interesamos en este caso... al menos por el momento.

—Comprendo.

—También has de trabajar en el ambiente que frecuentaba tu

hermano político. Y no olvidar, en modo alguno, que debes investigar respecto a ese misterioso nombre que pronunció el hombre asesinado en la avenida. Entérate de quién era ese desgraciado y por qué se le mató de esa manera. Puedes ir comunicándome los resultados de tus investigaciones siempre por clave «B».

—Entendido.

—Si te encontrases en peligro, no te lances locamente hacia adelante. Prefiero que te dirijas a mí. Podría enviarte a alguien, un veterano, para que te ayudase.

—Así lo haré.

—Lo espero. No. olvides que un exceso de entusiasmo puede ser contraproducente, examina siempre lo conseguido bajo la más exigente crítica y no te fíes de un triunfo parcial hasta que no lo hayas asegurado por completo.

—Lo tendré presente.

—Perfecto. Ahora ve con tu hermana, llévala a Boston y regresa esta misma noche. Te prepararemos una documentación que te sirva para tu trabajo, aunque, como siempre, conservaremos tu nombre. ¡Hasta la noche, muchacho!

—Adiós y muchas gracias, señor.

CAPÍTULO IV



OBRE la ciudad caía una pertinaz y fina lluvia cuando Carter llegó a Venusville. La sensación que aquello le produjo fue de tristeza; pero, sobreponiéndose, tomó un taxi y se dirigió al hotel que Callowan le había recomendado, situado en el centro de la ciudad.

El hotel era el «Cosmos», uno de los mejores y lugar de cita para todas las personas que estaban de paso, no pensando permanecer en el planeta más que algunas semanas.

Una vez en su habitación y después de deshacer el equipaje, el joven se cambió, mientras, con el cigarrillo entre los labios, pensaba

en el plan que, había estudiado cuidadosamente durante el viaje.

Salió del hotel.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la Hemeroteca pública, donde, tras pedir los periódicos de las últimas semanas, se sentó en una de las salitas, repasando las noticias con toda atención.

Tuvo que buscar con ahínco para encontrar, finalmente, en una de las páginas interiores, en letra pequeña y entre anuncios varios, lo que le interesaba, destacando dos entre filetes:

ANOCHE, EN EL CORTO ESPACIO DE UNAS HORAS, UN CONDUCTOR EMBRIAGADO ATROPELLÓ A DOS DESDICHADOS PEATONES, CAUSÁNDOLES LA MUERTE. EL CONDUCTOR HA SIDO DETENIDO.

No dejó de extrañarle la ausencia de nombres. Tomó nota de la otra noticia, que le dejó con la boca abierta:

AYER TARDE, CUANDO ERA CONDUCTO CONVICTO Y CONFESO A LA PRISIÓN LOCAL, EL AUTOR DE LOS ATROPELLOS QUE COMENTAMOS HACE UNOS DÍAS SE DIO A LA FUGA, SALTANDO DEL COCHE QUE LE LLEVABA A LA PENITENCIARIA. DESPUÉS DE DARLE EL ALTO, LOS POLICÍAS QUE LO CUSTODIABAN ABRIERON FUEGO, CAUSÁNDOLE LA MUERTE.

¡Borrón y cuenta nueva!

Nada más llegar, su trabajo veía deshecho, cortándosele todos los caminos que hubiesen podido conducirle, en principio, a alguna parte.

¡Buen comienzo!

Convencido de que no sacaría nada en limpio de los periódicos, Carter abandonó la Hemeroteca, yendo a una casa, no muy lejos de allí, donde alquilaban coches. Tomó uno de modelo bastante reciente, comprobando que los más nuevos, los de aquel semestre llevaban, como Cyntia había dicho, un número matrícula que correspondía a los seiscientos mil.

El suyo no era más que un quinientos mil.

Pagó la fianza y una semana de alquiler, preguntando luego por la redacción de la «Venus Gazette».

Una vez ante el periódico, aparcó el coche, penetrando en el edificio y deteniéndose ante la ventanilla de información:

— ¿El señor Charles Weber? — inquirió.

— ¿De parte de quién?

—Soy Carter Winston, del «Colliers» de Chicago.

—Un momento.

El hombre maniobró en la centralilla.

Después, volviéndose al joven, dijo:

—Charles bajará dentro de unos instantes. Haga el favor de esperarle en esa salita de ahí enfrente.

Carter Winston obedeció, encendiendo un nuevo cigarrillo.

Weber, amigo del difunto hermano político, era la única persona que podría darle alguna información, aunque no fuese más que una orientación de cualquier clase para impulsar su misión que, por el momento parecía haberse cerrado por todos los lados.

—Buenos días.

Había un hombre joven, excesivamente delgado ante él. Tenía el cabello negro y la piel pálida, como si estuviese enfermo o poco alimentado.

—Soy Winston — dijo Carter, estrechando la mano que el otro le tendía.

—Ya me lo han dicho. ¿Del «Colliers» de Chicago, verdad?

—Eso es.

— ¿Y qué desea de mí?

Antes de contestar, Carter lanzó una rápida ojeada en derredor suyo, recordando las palabras de Callowan:

«¡No te fíes de nada ni de nadie!»

La salita parecía anodina, pero el joven prefería hablar con el periodista lejos de allí.

—Desearía charlar con usted. ¿Tiene tiempo ahora?

El otro sonrió.

—Siempre tenemos tiempo; sobre todo en la sección de sucesos.

— ¡Ah! ¿Pertenece usted a ella?

—Sí, lo que quiere decir que en esta ciudad, que es una balsa de aceite, es como gozar de vacaciones todo el año.

— ¿Le disgustaría venir a tomar algo conmigo y charlar un poco?

— ¡De ninguna manera! En realidad me hace usted un favor, ya que me paso la vida haciendo crucigramas.

— ¡Muy divertido!

Habían abandonado la salita y se dirigían hacia la salida. Weber no dejaba de quejarse:

—Tenía la esperanza, hace poco, de pasar a la sección de deportes.

— ¿Y no lo ha conseguido?

—Desgraciadamente, no...

Winston abrió la portezuela, invitando al otro a subir; luego, dando la vuelta alrededor del vehículo, penetró en él a su vez, sentándose ante el volante.

Oprimió el *startix*, poniendo en marcha el coche que se deslizó suavemente por la avenida.

Fue entonces cuando, volviéndose ligeramente al otro, anunció:

—En realidad, soy el cuñado de Clement Payne.

Notó que Charles palidecía intensamente.

Tuvo que esperar bastante, hasta que el otro rompió el silencio que se había establecido entre ellos.

— ¡Vaya sorpresa! — exclamó Weber—. Clement nunca me dijo que tenía un cuñado en la Prensa.

—Hace poco que he pasado al periodismo — aclaró el agente, con cuidado de precisar —. Antes me ocupaba de la crónica deportiva de un pequeño semanario de Boston. Pero era más por afición que por otra cosa. Hasta que encontré el gusto a la profesión.

—Sí — afirmó el otro —. La letra impresa es un veneno que no deja libre al que lo prueba.

Parecía satisfecho de que la conversación se hubiera alejado tan rápidamente de Clement; pero Carter volvió al camino con una pregunta directa:

—Usted era un buen amigo de mi cuñado, ¿verdad?

—Sí. Puede decirse que Clement era mi mejor amigo. Trabajábamos juntos en la sección de sucesos. Hasta comí algunas veces en su casa.

— ¿Conocía entonces a mi hermana?

— ¡Desde luego! Cyntia es una muchacha maravillosa. ¿Qué hace ahora?

— Está en casa de mis padres.

— ¡Pobrecilla! La última vez que la vi fue cuando enterraron a su esposo...

— ¿Y cuándo fue la última vez que lo vio usted a él?

Charles guardó silencio. Parecía súbitamente interesado por el paisaje, que conocía de memoria, y tardó un poco en contestar.

—Lo vi aquella misma noche. Me dijo que se iba a casa; luego, a

la mañana siguiente, supe la desgracia que le había ocurrido.

—He leído lo que publicaron de aquel doble atropello.

— ¿Ah, sí? — inquirió el periodista, sin mucho interés.

—Sí. ¿Cómo es que no se consigna ningún nombre?

Charles intentó dar a su voz el tono más natural posible, pero el agente percibió con claridad el temblor que le afectaba.

—Solemos hacerlo así para evitar el sensacionalismo y no causar perjuicios secundarios a las familias, de los interesados.

Carter frenó.

Habían llegado al extremo de la calle y a ambos lados de la calzada no había más que terrenos parcelados y algunos árboles.

La lluvia seguía cayendo, tan menuda e impalpable como siempre.

Volvióse decididamente hacia, el otro y, mirándole a los ojos, le dijo:

—Escuche, amigo. Yo no soy un policía, pero he venido a aclarar la muerte de mi cuñado. Hay algunas cosas que no entiendo bien y esperaba que usted, que ha sido su mejor amigo, me las aclarase en lo posible.

Weber torció el gesto.

—No le comprendo, señor Winston.

—Pues voy a expresarme con mayor claridad: sospecho que mi hermano político, así como el otro atropellado, fueron asesinados vilmente.

— ¡Imposible!

— ¿Usted cree?

—Desde luego. El conductor del vehículo que los atropelló se presentó a la policía.

—Y después huyó.

—Cosa perfectamente comprensible. Nunca pensó que le cayesen diez años de presidio por el doble homicidio por imprudencia. Se alocó entonces, ignorando que la policía tiene orden de tirar sobre todo condenado que intente huir.

—Todo eso está muy bien y parece reposar sobre una lógica perfecta; pero, al mismo tiempo, ¿no le parece demasiado perfecto?

Charles enarcó las cejas.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que el asunto parece haber sido «ahogado» demasiado aprisa, de una manera limpia y perfecta. Para un informador, como nosotros,

no hay nombres y los actores de este drama están bajo tierra.

—Sigo sin entenderle.

—Escuche, Weber: ¿cree usted que Clement era un hombre para dejarse atropellar por un conductor borracho?

— ¡No pudo evitarlo, que no es lo mismo!

—No sé, no sé... Verdad es que esta ciudad parece ser la más tranquila de todo el Sistema; pero, es justamente esta excesiva perfección lo que no encaja bien.

— ¿Preferiría usted que fuese lo contrario?

—No, de ningún modo.

Y después de una pausa preguntó:

—Veamos: ¿conoce usted los nombres del otro atropellado y del borracho culpable?

—No.

— ¿Es posible?

—Como lo oye.

— ¿Por qué? Si es que puede decírmelo.

—Creo que sí. Las secciones de los periódicos publican, exactamente, las notas que la Policía nos facilita: ni una sílaba más, ni una sílaba menos.

—Pero ¡eso es absurdo!

—No lo crea. El gobernador desea que no se haga sensacionalismo: eso es todo.

A Carter le daba vueltas la cabeza.

— ¿Conoce usted a un tal Willy?

—Hay cientos, o miles, en la ciudad.

—Pero, ¿no le dice nada este nombre?

—No... verdaderamente, no.

—Está bien. Creo que hemos hablado bastante. ¿Tomamos algo?

—No, no vale la pena. Si me hace el favor, podría llevarme de nuevo al periódico.

—Como quiera.

No despegaron los labios durante el trayecto de vuelta, que Carter hizo que el coche cubriese en un tiempo cortísimo.

Pero, cuando Charles había abierto la portezuela, volvióse súbitamente hacia él.

—Quiero aconsejarle una cosa, señor Winston,

— ¿Qué?

—Es usted familia de Clement y Cyntia, y no querría, por nada del mundo, que le ocurriese nada malo.

— ¿Por qué habría de ocurrirme, amigo?

—No lo sé. Pero yo, en su lugar, dejaría las cosas como están. Después de todo, desgraciadamente, no va a conseguir devolverle la vida a Clement.

— ¡Desde luego!

—Siga mi consejo y no ahonde en nada de esto. ¡Adiós, señor Winston!

—Adiós y muchas gracias por todo.

Le vio penetrar en el edificio, desapareciendo tras la puerta giratoria.

Puso el coche en marcha.

Conduciendo despacio, contempló, tras la cortina líquida de la lluvia, las calles que iba pasando.

¿Qué diablos pasaba en aquella ciudad?

Tropezaba con un muro infranqueable y se daba cuenta de que no conseguiría nada si las cosas seguían así. Tenía que forzar algo, violentar una pista, sacar a relucir algo para poder empezar.

Pero... ¿qué?

* * *

Se había decidido.

Estaba en la antesala de la Policía venusina, esperando que alguien le recibiese. Momentos antes, había entregado a un agente su tarjeta —especialmente fabricada en la SIP, con autorización secreta, del periódico de Chicago, cuyo director había obedecido al pie de la letra las instrucciones de Callowan.

Ahora esperaba.

Hasta que la puerta se abrió y un hombre alto y fuerte, impecablemente vestido, penetró en la estancia, sonriente, con su tarjeta en la mano.

— ¿El señor Winston?

—Sí.

—Ya he visto en la tarjeta que es usted periodista de un gran diario americano. ¿En qué puedo servirle?

—Verá usted, señor...

—Soy el inspector Morgan. Alex Morgan.

—Encantado.

Se estrecharon la mano y el policía invitó:

—Tome asiento por favor. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

El humo ascendió dulcemente hacia el techo, donde los extractores lo aspiraron con fuerza.

Carter dijo:

—Verá usted, Inspector Morgan, He venido a hacer unos artículos sobre la vida de la ciudad y, sobre todo, sobre los sucesos y el magnífico y brillante papel que juega la policía en la tranquilidad que reina en Venusville.

— Muchas gracias por lo que me toca en esas amables palabras.

—Justamente he tenido ocasión de saber que ha habido un pequeño suceso, que en la Tierra no tendría trascendencia alguna, pero que aquí, dada la paz de que se disfruta, parece haber alcanzado ciertas proporciones.

— ¿A qué se refiere usted?

—A un doble atropello, que causó la muerte de dos hombres.

—¡Ah!

—Desearía escribir algo sobre ello.

El policía frunció el entrecejo.

—No creo que sea importante para un periódico como el suyo, señor Winston. Además, la prensa de Venusville lo ha publicado ya.

—Sí, ya lo he visto. Pero de una manera tan parca que hasta se han olvidado de escribir los nombres de las víctimas y del causante del atropello.

— ¿Cree que es necesario?

—Desde luego.

—Las familias de los dos desdichados que murieron nos rogaron, encarecidamente, que no se les nombrase para nada... y obedecemos, deseosos de evitarles el dolor de una estúpida publicidad sensacionalista.

«¡Mentira!»— estuvo a punto de gritar Winston.

Pero se contuvo.

— ¿También lo rogó la familia del culpable?

—En efecto.

Carter movió la cabeza, dubitativo, de un lado para otro.

— Son ustedes la amabilidad y la prudencia personificadas.

— ¿Se burla usted?

— ¡De ningún modo!

— ¿Entonces?...

—Nada. Que deseaba hacer algo por los cinco millones de lectores del «Colliers» de Chicago... y veo que mi labor va a ser más difícil de lo que imaginaba.

— ¿Por qué no elige usted otra faceta menos desagradable? ¿O es que esos cinco millones de lectores no se estremecen más que ante los sucesos de una ciudad?

—Esos lectores, señor inspector, están acostumbrados a que no se les oculte nada,

—Mala táctica.

— ¿Usted cree?

—Yo no quiero juzgar, en modo alguno, ya que no estoy calificado para ello, el proceder de la prensa fuera de este planeta. Pero, a pesar de todo, creo que la vida ciudadana es más moral si no se deja salir el hedor de nuestras debilidades.

—Puede que tenga razón. . Pero, volviendo a lo que me interesa, ¿puede usted facilitarme los nombres de las víctimas y el del culpable?

—Lo lamento, pero me es imposible.

— ¿Y la matrícula del coche del borracho?

Morgan sonrió.

—Es usted un joven muy listo, señor Winston. Francamente, no puedo hacerlo. Obedezco órdenes que el sentido del deber me prohíben violar.

Carter se puso en pie.

— ¡Está bien! —suspiró—. De todos modos, inspector, muchísimas gracias.

—De nada. Y, si me permite, quisiera darle un...

— ¿Consejo?

— ¿Cómo lo ha adivinado?

—No tiene importancia. Le escucho, inspector.

— Bien. Puede estar seguro de que estamos a su completa disposición, pero, de verdad, busque otra faceta, de la ciudad: hay muchísimas del mayor interés y en las que hallará materia para unos artículos que darán, al mismo tiempo, relieve a su periódico. Si para algo me necesita, ya sabe que estoy aquí, a sus órdenes.

—Muy agradecido.

Se estrecharon nuevamente la mano y Carter abandonó el edificio.

Una vez fuera y mientras ponía el coche en marcha, se dijo que aquello era mucho más profundo y complicado de lo que él había pensado.

E incluso de lo que Callowan había imaginado.

CAPÍTULO V



ARTTER había salido a los alrededores de la ciudad y detuvo el coche junto a una verja ornada con motivos dorados. Al otro lado, posiblemente importados de la Tierra, los cipreses levantaban sus tétricas agujas, apuntando al cielo.

La lluvia había dejado de caer y un triste sol, que apenas podía abrirse paso entre las densas nubes, asomaba con intermitencia, dardando el suelo sobre el que las gotas brillaban aun intensamente.

La verja estaba abierta y Carter vio enfrente un edificio donde un letrero, debajo del que rezaba «Cementerio General de Venusville», decía «Oficinas»,

Atravesó el terreno bien cuidado, cubierto de fina hierba, subiendo después la media docena de escalones de mármol que lo separaban de la entrada.

El interior estaba confortablemente aislado, reinando en el amplio salón en que penetró un aire de seriedad de acuerdo con el lugar.

Además de varios sillones y mesas auxiliares, había una mesa, a uno de los lados, tras la que se hallaba un hombre joven impecablemente Uniformado de color gris, con galones negros en las mangas y en las solapas.

Carter se dirigió hacia él,

—Buenos días — dijo, ya junto a la mesa.

—Buenos días — repuso el hombre —. ¿En qué puedo servirle?

En cualquier otra ocasión, Winston hubiera encontrado extraña y hasta divertida aquella pregunta.

Pero no estaba para sutilezas.

—Deseaba visitar una tumba.

— ¿Pariente o amigo?

—Pariente.

—Bien. ¿Conoce la fecha del fallecimiento?

—Sí. Veintidós de octubre de este año.

—Muy reciente. ¿El nombre del finado?

—Clement Payne.

—Un momento, por favor. Tenga la amabilidad de sentarse. Voy a llamar a Ficheros.

—Gracias.

Carter fue a sentarse e iba a encender un cigarrillo cuando leyó un letrero que lo prohibía. Guardó el paquete con un suspiro, de resignación.

El empleado estaba llamando por teléfono y miró varias veces al joven, que no pestañeó ni un momento.

Finalmente, colgando el aparato, el hombre hizo un gesto, acompañado de una sonrisa nada sincera.

Abandonando su asiento, Winston se acercó de nuevo a la mesa:

— ¿Sí? —inquirió.

—Lamento decirle que aquí, en el Cementerio General, no reposa nadie con este nombre, señor.

— ¿Hay otros?

—No. Éste es el único.

— ¡Pero si mi... amigo murió aquí!

—Debe de haber un error, señor.

— ¡Imposible! ¿Qué error quiere que haya? Ese hombre murió, atropellado, y fue enterrado aquí... De eso estoy completamente seguro.

—Si ese señor estuviese enterrado aquí, ya comprenderá usted que estaría en nuestras fichas. Lo lamento de nuevo, señor. ¡Buenos días!

Carter se mordió los labios.

Estaba furioso y, mientras se dirigía hacia el sitio donde había dejado el coche, se dijo que aquello no podía consentirlo y que iba a decir unas cuantas verdades al inspector Morgan o a su superior.

Estaba bien, en cierto modo, que obstaculizasen su labor, porque no les interesaba por algo... ¡Pero lo que no podía consentir era que el cuerpo de Clement hubiese desaparecido!

Recordaba con todo detalle lo que su hermana la había contado del entierro de su esposo. Y, además, Weber había dicho que había estado en el entierro, donde había visto a Cyntia. Si no había más que un cementerio en Venusville qué había pasado con el cadáver de su cuñado?

¡Pronto lo sabría!

Aunque tuviera que dar su verdadera identidad a la policía y demostrar a Morgan que no era un periodista cualquiera, sino un agente de la SIP, con jurisprudencia absoluta en aquella maldita ciudad.

Saltó al coche, lanzándose en veloz carrera por la pista que se

dirigía hacia la ciudad. Se estremecía al pensar lo que podían haber hecho con el cuerpo de Clement.

¿Qué ocultaba todo aquello?

El agudo sonido de una sirena le hizo lanzar una sorprendida mirada al retrovisor, viendo que el motorista avanzaba a toda velocidad hacia él. El policía llevaba una «Humber» sin ruedas, propulsada por un doble cohete. La moto sobrevolaba la carretera a unos sesenta centímetros de altura, avanzando a una velocidad fantástica.

Contrariado, pero no deseando buscarse disgusto alguno, Winston detuvo el vehículo junto al bordillo de la calzada.

El motorista hizo lo propio, sacando sus cuatro «apoyos» metálicos, que surgieron de su máquina por medio de un procedimiento telescópico.

Estaba anocheciendo.

El policía se acercó al coche y, llevándose la mano al borde de la visera de su gorra, saludó:

— ¡Buenas noches, señor!

—Hola. Iba demasiado aprisa, ¿verdad?

—En efecto; pero eso no es lo más grave,

— ¿Entonces?...

—No lleva usted luces en la parte posterior del coche, lo que le invalidará para conducir durante seis meses.

— ¿Cómo? ¿Que no llevo señales atrás?

—No.

El joven descendió del coche, comprobando que el policía tenía razón. Pero viendo, al mismo tiempo, otra cosa:

¡Le habían desmontado las luces, y las marcas de los faros, intermitentes y pilotos se veían ahora claramente sobre la pintura de aquella parte de la carrocería!

— ¡Me las han robado! ¿Es que no lo ve usted?

—Puede presentar una denuncia, señor. Pero usted no podrá conducir un coche hasta dentro de seis meses: es la pena que se impone a los que cometen esa infracción al código de la circulación.

Y como Carter no dijese nada, añadió:

—Tendré que acompañarle a la Comisaría. ¿Hace el favor de seguirme, señor?

—Bien.

Momentos después, siguiendo dócilmente al motorista, Winston

se juró que había visto los dispositivos luminosos exteriores en el momento de abandonar el coche, junto a la entrada del cementerio. Aquello quería decir claramente que «alguien» se había preocupado de quitárselos, sabiendo de antemano que saldría disparado, colérico, sin fijarse en aquellos momentos en tan nimios detalles.

Toda su cólera bajó, brutalmente, a cero.

Había estado a punto de cometer el error de hablar con claridad a la policía, olvidando lo que Callowan le había aconsejado. Se llamó de todo, prometiéndose no volver a dejarse llevar por el malhumor y controlar sus reacciones tanto como fuera necesario hacerlo.

Cuando finalmente se detuvo, a un gesto del motorista, ante el edificio de la Policía, estaba completamente tranquilo. Y fue con una sonrisa benevolente que siguió al agente hasta la salita donde éste le rogó esperase.

Le dejaron solo casi media hora. Pero, cuando la puerta se abrió, el rostro serio del inspector Morgan, tan impecablemente vestido como siempre, apareció en el umbral.

—Buenas noches, señor Winston.

—Buenas noches, inspector.

—El agente motorista Lewerson acaba de comunicarme lo que ha ocurrido.

— ¿Y bien?

—Estamos obligados a prohibir que conduzca durante un período de seis meses.

—Ya me lo ha dicho.

—Tendrá que pagar, además, cien créditos por exceso de velocidad.

Carter exclamó:

— ¿Qué más?

—Nada. Rogarle que no olvide que nos cuesta muchos esfuerzos mantener la paz en Venusville y que no estamos dispuestos a tolerar que nadie, venido de fuera, altere nuestro orden.

A pesar de lo que se había prometido, Carter no pudo contenerse.

¡Le ponía enfermo la hipocresía de aquel tipejo!

—Ya he podido comprobar que se preocupan ustedes «demasiado» — y recalcó la palabra — de mantener ese maravilloso orden.

— No me hieren sus sutilezas, señor Winston; pero, cambiando de conversación ¿cómo es que conocía usted a Clement Payne?

—¡Casualidades de la vida! Era un antiguo amigo mío...

— Es que nos interesaría saber, dónde se halla fue la inesperada frase.

Carter tuvo que cerrar los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas, haciendo esfuerzos ímprobos para contenerse.

Luego, tras una pausa, preguntó:

— ¿Es que no saben dónde se encuentra?

—No. Desapareció misteriosamente.

¿Cómo era posible que aquel hombre mintiese con tanta facilidad? Parecía tan imposible, que el agente de la SIP llegó a dudar de todo, incluso de sí mismo.

Y deseando salir de allí antes de que su cabeza estallase, musitó:

—Era un buen amigo... Ahora, voy a pagarle la multa.

—No importa, señor Winston... Lo de la multa queda perdonado. Y para demostrarle que no somos tan terribles como nos imaginaba, voy a darle esos tres nombres que tanto deseaba conocer, los de las víctimas de los atropellos y el del culpable.

El corazón del joven se puso a latir con más fuerza.

Esperó.

El inspector sacó entonces un trozo de papel y lo tendió al agente de la SIP, con una sonrisa encantadora.

—Aquí los tiene. Los cuerpos de esos tres hombres yacen en el Cementerio General... por si desea darse una vuelta por allí para comprobarlo.

Sin escucharle casi, Carter leyó:

Pat Comminger

Richard Colper

Fred Lamsares.

—El último corresponde al culpable — aclaró Morgan.

Haciendo un nuevo esfuerzo, el joven repuso:

—Muchas gracias por su amabilidad.

Ya le dije que estábamos a sus órdenes.

—Adiós.

El inspector exclamó:

— ¡Un momento! El coche que alquiló usted ha ido al depósito de la Policía. No vuelva a alquilar ninguno... que no sea con conductor. Me vería obligado a detenerle y encerrarle.

—No lo haré.

—Muy agradecido y hasta la vista.

Una vez fuera, con el papel aún en la mano, Carter, a pesar de su sangre fría, sintióse desfallecer.

¿Es que intentaban hacer que perdiese la razón?

No iban a tardar en conseguirlo, si seguían a aquella marcha.

Dudó de ir al hotel y enviar su primer mensaje cifrado a Callowan; pero, en realidad, a pesar de todo lo que le había ocurrido desde su llegada a la ciudad ¡y que no era poco!, carecía de datos concretos para informar al jefe de la SIP.

Fue entonces cuando pensó que no vendría mal una nueva visita a Charles Weber, el único amigo de su pobre cuñado, de quien podría sacar la seguridad de que Clement había sido enterrado y dónde reposaba exactamente, ya que el joven había estado presente en la ceremonia.

Antes de tomar un taxi, entró en un bar, tomándose un «whisky», cosa que necesitaba.

Luego alquiló el coche, ordenando al chófer que le llevase al periódico.

El mismo empleado le recibió, mirándole con insistencia.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Desearía hablar un instante con el señor Weber.

— ¿El señor Weber, dice?

—Eso es. Charles Weber.

—No tenemos a nadie aquí con ese nombre.

— ¿Eh? ¿Es que ha olvidado que esta misma mañana hablé con Charles y que usted lo llamó?

El otro frunció el ceño.

—Está usted equivocado, señor. Ésta es la primera vez que le veo a usted. Y le ruego que no me moleste más.

Faltó muy poco para que Winston sacase la pistola e hiciera que aquel tipo recobrase la memoria a toda velocidad. Pero se daba cuenta de que estaban dispuestos — quienes fuesen — a hacerle la vida imposible, obligándole a coger la astronave de vuelta para regresar con las manos vacías a la Tierra.

No dijo ni adiós, saliendo del edificio y empezando a andar sin rumbo, profundamente deprimido, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Era natural que chocase con tantos obstáculos; después de todo, ¿no era un novato? Seguro que cualquier otro agente hubiera hecho algo positivo a aquellas alturas.

Se detuvo, casi mecánicamente, para preguntar dónde se encontraba la calle en la que Cyntia y Clement habían vivido. Se había prometido visitar aquel barrio con la esperanza de encontrar algo, aunque ahora desesperaba melancólicamente de ello.

Una llovizna molesta había empezado a caer, pero él, indiferente al agua, limitóse a subir las solapas de su chaqueta, echándose el flexible un poco hacia los ojos.

Tardó cerca de una hora, a pie, en llegar al barrio donde vivieron sus hermanos. Las calles eran estrechas y estaban casi completamente desiertas.

La lluvia seguía cayendo.

Cuando se detuvo ante la puerta de la casa, la portera estaba cerrándola.

—Un momento, señora.

— ¿Qué desea usted?

Una sola pregunta.

Diga, pero dese prisa. Es muy tarde y debo irme a la cama.

—Seré breve... ¿No vivía aquí un matrimonio? Él se llamaba Payne y ella Cyntia...

— ¿Payne, dice usted?

—Si. Clement Payne.

Nunca ha habido aquí un hombre con ese nombre y una mujer que se llamase Cyntia. ¡Buenas noches, señor!

Y dio con la puerta en las narices a Winston.

Éste, que ya empezaba a acostumbrarse a todo aquello, echó una ojeada al número, viendo que, en efecto, era el 327. Su hermana y su esposo habían habitado allí.

Se encogió de hombros.

De nada les valdría echar tierra sobre un asunto que, tarde o temprano saldría a la luz. Y entonces, cayese quien cayese, se haría justicia por muy escondidos que se hallasen los culpables.

Lo que más le atormentaba era saber por qué la muerte y aun la existencia de Clement podía molestar hasta el punto de borrarlo del mundo de los que habían vivido y muerto en la ciudad.

Después de todo, Clement era un pobre periodista que podía haber sido atropellado, o incluso asesinado, cosa que la Policía tenía que haber confesado públicamente, deteniendo al culpable. Y hasta en el caso de que este culpable fuera muy importante, podía haberse hallado una cabeza de turco, el mismo borracho, sin necesidad de matarlo, para silenciar...

Para silenciar ¿qué?

Algo espantoso, increíble, debía ocultarse bajo todo aquel misterio. Y estaba dispuesto a descubrirlo, aunque fuera aquélla la última cosa que hiciese en la vida.

«Puedes dormir tranquila, hermana: tu marido será vengado...»

Fue en aquel preciso instante cuando los focos cayeron sobre él.

Se volvió como un rayo.

El vehículo se lanzaba hacia él, casi rozando con los guardabarros las paredes de la angosta calleja por la que, sin darse cuenta, caminaba.

No tenía escapatoria y desdeñó, en última instancia, el servirse de la pistola. Allí no había, como en el túnel de examen de la Escuela de la SIP, trucos para salvarse. La calle no dejaba lugar para ocultarle y puertas y ventanas estaban cuidadosamente cerradas.

No había más remedio que echar a correr.

Y eso fue lo que hizo, recordando con un escalofrío que Clement había vivido aquella misma angustia mortal y que había acabado aplastado.

¡Estaba perdido!

Corriendo a toda velocidad, dobló la curva que describía la calleja, dándose cuenta de que era demasiado larga para buscar una improbable salvación en su desembocadura.

¡No tenía salida!

Giró en la curva, seguro de que el coche estaba a menos de veinte metros, detrás de él, acelerando para cazarle cuanto antes.

El corazón brincaba alocadamente en su pecho.

Y fue cuando se decía que todo habla terminado, justamente cuando el coche iba a doblar la curva, cuando una puerta se abrió y un brazo se aprisionó al suyo, tirando de él con fuerza, haciéndole entrar en la casa y cerrando la puerta tras él.

CAPÍTULO VI



ENTRO reinaba una oscuridad tan intensa como la de la calle, pero, debido quizás al relampagueante reflejo de los faros del maldito coche, Carter adivinó, más que vio, un lindo óvalo enmarcado por una cabellera de un rubio color de miel.

¡Una mujer!

— Corra! —le dijo ella, sin dejarle pararse a consideraciones que no tenían cabida en aquellos momentos —. ¡Por aquí!

Seguía tirando de su brazo.

Winston obedeció, ya que acababa de oír el brutal frenazo del coche y, momentos después, cuando seguía a la muchacha en una oscuridad de boca de lobo, empezaron a aporrear la puerta con inusitada violencia.

Un olor de humedad le envolvió, antes de que la muchacha abriese otra puerta que daba a la calle, ya que él pudo ver en el cielo, casi completamente cubierto por las sempiternas nubes de Venus, algunas estrellas.

— ¡Váyase! —le ordenó ella.

Pero él, haciendo poco caso de los golpes que seguían resonando atrás, con intensidad creciente, preguntó:

— ¿Quién es usted? ¿Por qué ha hecho esto?

Se veía que la joven estaba nerviosa, pero la decisión de Carter le demostró que el agente no daría un paso más sin recibir respuesta a las preguntas que acababa de hacer.

Suspiró la muchacha y luego exclamó:

— ¡Era la novia de Charles Weber! ¡Esos canallas lo han matado!

Y, empujándole, continuó:

— ¡Corra! Cuando haya doblado la esquina se encontrará con una calle llena de bares... ¡Métase en uno de ellos y no se mueva hasta

estar completamente seguro de que se han ido!

—Muchas gracias...

— ¡Váyase, por favor!

Obedeció, corriendo en la dirección que ella le había indicado. En efecto, poco después, al salir de aquel callejón donde el olor de humedad era verdaderamente intolerable, desembocó en una calle cuya oscuridad estaba alegremente interrumpida por los anuncios luminosos de algunos bares que, por fortuna, aún seguían abiertos.

Penetró en el primero, procurando dar a su persona un aire de naturalidad lo más perfecto posible.

El bar estaba bastante lleno de gente, ocupada en jugar y beber, lo que hizo que la entrada del agente de la SIP pasase casi completamente desapercibida. Hubo un par de clientes que le miraron, pero sin más atención que la normal.

Winston tomó asiento en una de las mesas, cerca del mostrador, pidiendo un coñac doble al camarero que acudió presuroso.

Lo necesitaba.

Mientras bebía unos sorbos, sintiendo la sensación de calor tranquilizador que le penetraba, pensó en todo lo que le había ocurrido, diciéndose que los acontecimientos se habían precipitado de una manera verdaderamente sorprendente.

De todo ello se deducía que su presencia era más que molesta en la ciudad.

¡Y eso que le creían un periodista!

Carter se preguntaba quién movía los hilos de todo aquello. Desde luego, la actitud de la policía le parecía más que sospechosa; pero, pensándolo bien, llegó a la conclusión de que no conocía más que a un policía importante: el inspector Morgan, con el que se había encontrado exclusivamente hasta ahora.

¿Encontrado?

¿No sería mejor decir que Morgan había procurado estar siempre ante él, evitando así que sus superiores entrasen en contacto con el falso periodista? Si Morgan, como pensaba Winston, estaba vendido a una banda de gangsters, la cosa se explicaba por sí sola.

Había tenido una suerte loca cuando el coche iba a repetir con él la «hazaña» que había costado la vida a Clement. Y de no haber sido por aquella muchacha, que había resultado ser la novia de Charles, el redactor de sucesos con el que había hablado, ahora él estaría reducido a pedazos, con el cráneo destrozado contra la pared...

¡Habían matado a Weber!

Estaba visto que no se paraban ante ningún obstáculo y que

eliminaban a cuantos podían molestarles en lo que fuese.

Mataban a cualquiera.

Fue como si una, descarga eléctrica le sacudiese de pies a cabeza.

— ¡Camarero!

Acudió el otro y Carter le pagó, dejándole una espléndida propina. Luego salió del bar, apretando el paso y juzgándose como el peor de los hombres.

¿Cómo había podido abandonar a aquella muchacha que le había salvado la vida, cuando oía perfectamente los golpes que sus perseguidores daban en la puerta?

«¡Estúpido! —se dijo—. ¿Qué crees que le habrán hecho a esa joven, pedazo de atolondrado? ¿Darle las gracias? ¡Si tu jefe estuviese aquí te expulsaría de la SIP, muerto de vergüenza por haberte dado un puesto entre sus agentes!»

La cólera le corroía las entrañas y casi corrió hacia el callejón. Una vez ante la puerta por la que la muchacha le había hecho salir, escuchó atentamente, llevando su mano derecha hacia la funda «holster», donde el contacto con la culata de la «Lüger» especial le tranquilizó un tanto.

La puerta, estaba cerrada, pero aquel obstáculo no constituyó una gran dificultad para el agente, que no tardó más de un par de minutos en abrirla.

Levantándola con fuerza, impidió que los goznes gimiesen y advirtieran a nadie su presencia.

La cerró tras sí.

La casa estaba silenciosa y tan oscura como cuando él la había atravesado. Sin embargo, cuando penetró en ella, después de atravesar el pasillo húmedo, tuvo la seguridad de que había alguien y de que no estaba solo.

Fue una especie de intuición, un aviso de su sexto sentido, que le puso inmediatamente en guardia.

Sacó la pistola.

Pegado a la pared, avanzó cuidadosa y silenciosamente hacia la habitación cercana, oyendo entonces un ligero ruido que provenía del piso de arriba. Al fondo de la habitación en la que acababa de penetrar se veía el comienzo de una escalera, visible gracias a un poco de luz que, procedente de arriba, se filtraba, sin duda, por debajo de alguna puerta.

Pero aquel hilo de luz, que al principio le sirvió de bien poco, permitió que sus ojos se habituasen a las semitinieblas que allí reinaban, haciendo que, al avanzar unos cuantos pasos, descubriese,

de golpe, el cuerpo que yacía en el suelo.

Se estremeció.

Era la muchacha que le había abierto tan oportunamente la puerta y que estaba ahora en una posición forzada, denotando tan claramente su muerte que el agente no se molestó en comprobarlo.

Apretó los dientes, hasta hacerse daño en los maxilares.

¡La habían matado y fue por su culpa, cuando huyó como un cobarde, en vez de obligarla a seguirle! De haberlo hecho así, ella estaría aún con vida.

Un nuevo ligero ruido le hizo levantar la cabeza.

¡Allí arriba estaba el asesino de la desventurada muchacha!

Y como empezaba a estar más que harto de jugar un papel pasivo en aquella ciudad hipócrita y sucia, como la peor de todas, se decidió a obrar como un verdadero agente de la SIP, como había oído que se comportaban los miembros de aquel formidable «Equipo de Ejecuciones», sin piedad para los que jugaban despiadadamente con las vidas ajenas.

Dirigióse hacia la escalera y subió, cuidando de poner los pies en los extremos de los peldaños, de modo a evitar el menor ruido. El que estaba arriba, por el contrario, sabiéndose seguro, se permitía incluso desplazar los muebles, tirando los cajones por el suelo.

¿Qué diablos andaba buscando?

Pareció detenerse cuando Carter llegaba justamente al rellano del primer piso, viendo entonces que la luz era más intensa, ya que el misterioso personaje había dejado la puerta completamente abierta.

Estaba situada al final del pasillo.

Avanzó sobre las puntas de los pies.

Tenía ganas de conocer a «uno ele ellos» y no podía evitar un poco de nerviosismo, producto de la cólera de saber que allí estaba el hombre que había matado a su bienhechora.

Llegó junto a la puerta.

Con la pistola en la mano y el índice pegado al gatillo, se asomó milímetro a milímetro, de modo a no ser visto por el otro.

Pero no había peligro alguno de que tal cosa ocurriese.

El hombre estaba parcialmente de espaldas, de modo que Carter pudo ver su perfil, así como sus manos contando, ávidamente un fajo de billetes que era lo que debía de haber estado buscando incusamente.

¡Ladrón, encima de asesino!

Y, además... ¡¡¡policía!!!

Porque aquel tipo del flamante uniforme era el motorista que le había detenido por no llevar señales posteriores en el coche.

¡Bandido!

No pudo contenerse más. Y penetrando, de golpe, en la estancia:

—¡Levanta las manos! ¡Rápido!

Fue tan grande la sorpresa del otro que los billetes escaparon de sus dedos, revoloteando algunos antes de posarse blandamente en el suelo. Abrió los ojos, mirando a Carter con asombro.

— ¡No te muevas!

Se acercó a él y, sin dejar de apuntarle, con un brillo de decisión tal en las pupilas que el otro no se movió, desarmándolo en un abrir y cerrar de ojos, lanzando luego la pistola del policía al otro extremo de la habitación.

— Tenía muchísimas ganas de conocer a uno de los que me andan buscando. ¿Eras tú quien conducía el coche que quería aplastarme?

— ¿Qué coche? ¡No sé de qué me habla! ¡Y le advierto que está amenazando a un representante de la Ley!

Los ojos de Carter despidieron chispas.

— ¡Basta! —rugió—. ¡Me habéis engañado demasiadas veces para que ahora me vengas con esos cuentos! ¡Policía!, ¿eh? ¡Defensores de la Ley! ¿De qué ley? ¿De la que oculta los hechos y hace desaparecer los cadáveres, después de asesinar a los hombres sin vacilar?

—Yo...

Winston lanzó el primer golpe con la pistola y logró que el punto de mira abriese una brecha en la cara del otro, de donde empezó a manar sangre en abundancia.

— ¡Fíjate, canalla, cómo respeto a los honrados representantes de la Ley!

— ¡Le costará caro! —rugió el otro, intentando vanamente detener la hemorragia.

Un segundo golpe.

Éste fue dirigido, con una precisión matemática, a la boca del policía. El cañón de la «Lüger» penetró entre los labios, rasgándolos y arrancando un par de dientes.

El hombre lanzó un aullido de dolor.

—Me costará caro, ¿eh? —exclamó Carter, fuera de sí.

E hizo ademán de seguir golpeando.

—¡No! ¡Basta! —clamó el otro, retrocediendo y cubriéndose el

ensangrentado rostro con las manos —. ¡Basta!

— ¡Habla entonces!

Los ojos del policía dejaron ver un brillo de terror.

— ¡No puedo! ¡Me matarían!

— ¿Y qué crees que voy a hacerte yo, perro?

Fue en aquel momento cuando leyó en las pupilas de su enemigo la decisión de intentar algo, cualquier cosa, puesto que no pensaba hablar. Y como le vio lanzarse ciegamente, hacia él, no tuvo más que apretar el gatillo dos veces, en posición «dos».

La cabeza del motorista voló en pedazos.

Carter quedose contemplando el cuerpo del otro, sin sentir ningún remordimiento, tranquilo como jamás lo había estado. Se daba cuenta, no obstante, de que si alguien descubría que había matado a un policía, su libertad no duraría mucho.

Pero, por encima de todo, estaba contento de saber que Morgan conocería pronto que había perdido la primera jugada y que, en adelante, la lucha iba a ser a muerte... por ambos lados.

Abandonó la casa, una vez comprobó que el policía había venido solo, prefiriendo hacerlo por la puerta de delante.

El coche estaba a una docena de metros de allí, calle arriba.

Al pasar junto al vehículo, el agente se inclinó para leer la matrícula: VV-635042.

Era el único dato, el primero, que encuadraba en aquel loco rompecabezas. Se alejó hacia el centro de la ciudad.

* * *

Joe Knapp alargó el brazo, apoderándose del teléfono que había empezado a sonar en aquel momento.

Era un hombre bajito, ventripotente, de hombros caídos, piel fofa y rosada como la de un bebé degenerado, frente ancha, pelumbrera rubio pálido y ojos azules de mirada intensa.

— ¿Diga? — inquirió.

—Aquí Willy.

Frunció el entrecejo.

—¡Hola! — saludó, sólo entonces—. ¿Qué deseas?

—Hay alguien que, empieza a molestarnos de veras: un periodista de la Tierra. Parece que la viuda de Payne habló más de la cuenta y ese tipo sospecha algo.

— ¿Qué te lo hace suponer?

—Estuvo en el cementerio preguntando por la tumba del periodista. Intenté liquidarle por la noche, pero, la novia de ese idiota de Charles se puso por en medio, salvándole. Luego volvió a la casa de la mujer y mató a Council.

—Por lo que veo, se mueve aprisa.

—Sí. Ha tenido suerte hasta ahora. Por eso quiero que te encargues de él.

— ¿Hay que «limpiarlo»?

— De momento no. He cambiado de parecer. Ese hombre sabe demasiadas cosas y quiero conocer lo que tiene entre ceja y ceja. Matándolo, no sabríamos si ha dejado notas en la Tierra y si la viuda de Payne, lo ha enviado. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—Necesito que hable.

—Entendido.

—Creo que lo mejor sería cazarle de una manera hábil. Seguro que se te ocurrirá alguna cosa.

—Lo intentaré. No te preocupes.

—Pero no pierdas demasiado tiempo. Ese tipo podría causarnos disgustos serios. Ya has visto que no se ha limitado a meter las narices donde no lo importaba, sino que ha terminado con Council.

— ¿Y no se le podría detener por asesinato de un policía?

— ¿Estás loco? Él debió descubrir que Council mató a la muchacha. ¿Quieres más jaleos aun?

—Ya comprendo. Procuraré cazarle de otra manera.

—Confío en ti.

—Sabes que puedes hacerlo.

—Pero date prisa.

—Lo haré hoy mismo.

—Bien. Cuando lo tengas, llámame. Quiero oír con mis propios oídos lo que va a contarnos.

—De acuerdo.

El otro había colgado.

CAPÍTULO VII



E estaba preparando para hacer el primer informe para la SIP, cosa que podía realizar con los ojos cerrados, ya que todo agente conocía de memoria las cinco claves más importantes para comunicarse con la Central.

Sin embargo, antes encendió un cigarrillo, pensando en todo lo que había ocurrido hasta el momento. Y, sobre todo, en la reacción de Morgan al descubrir, junto al cadáver de la infortunada prometida de Weber, el de aquel granuja de uniforme.

No creía que el inspector dudase un solo instante de quién era el autor de aquella muerte, ya que todas las circunstancias le apuntaban a él.

¡Tanto mejor!

Porque deseaba que las cosas se tornasen claras y que los que se habían permitido burlarse de él desde su llegada, intentando incluso asesinarle, supiesen que la lucha no iba a limitarse a una vulgar y sencilla caza, ya que estaba dispuesto a defenderse, respondiendo a los ataques de que fuera objeto con las mismas armas que utilizaran sus enemigos.

El timbre del teléfono le sacó de su ensimismamiento.

— ¿Diga? —inquirió, después de descolgar el aparato.

—Una señorita pregunta por usted, señor Winston.

— ¿Ha dado su nombre?

—No.

— ¿Dónde está ahora?

—En el «hall», señor, esperando.

—Dígale que bajo ahora mismo.

—Bien, señor.

Carter colgó el aparato, saltando del lecho. Se vistió en un abrir y cerrar de ojos, anudándose la corbata con más cuidado que de costumbre.

Luego descendió a la planta baja tomando uno de los ascensores.

Miró al «hall», no viendo joven alguna. Y dirigiéndose al empleado de la recepción, preguntó:

— ¿Dónde está esa joven que pregunta por mí?

—Le está esperando fuera, señor, en un taxi. Así me lo dijo cuándo le comunicqué que iba usted a bajar en seguida.

—Gracias.

Dirigióse hacia la salida, pero tuvo cuidado en entreabrir su chaqueta, de modo a que su mano pudiera ir libremente a por la «Lüger» si necesitaba su ayuda. Cosa probable.

Porque ya estaba convencido de que las trampas iban a sucederse una tras otra, y no estaba dispuesto a echarse de cabeza en una de ellas como un manso corderito.

Efectivamente, había un taxi detenido ante la entrada del hotel. Y el joven se dirigió hacia el vehículo, mirando a uno y otro lado, para evitar ser sorprendido.

Cuando llegaba junto al coche, la puerta de éste se abrió y el joven pudo ver una mano femenina.

Se le abrieron los ojos como platos cuando miró el rostro de la mujer.

— ¡Usted! — exclamó, sin saber qué pensar de todo aquello.

Y ella, con una sonrisa, invitó:

—Pase, por favor. He preferido que no me viesesen...

—Bien hecho — repuso el agenta de la SIP, penetrando en el cocha y cerrando la portezuela.

— ¡Al Casino! —exclamó ella, dirigiéndose al conductor.

Después, tras haber corrido el vidrio que les separaba de la parte delantera, preguntó:

— ¿Sorprendido, verdad?

— ¿Sorprendido? ¡Archisorprendido!

Y era para estarlo.

Porque la muchacha que estaba a su lado,.. ¡Era la prometida de Weber, la chica cuyo cadáver estaba seguro de haber dejado en la planta baja de aquella siniestra casa!

Ella iba vestida con elegancia y llevaba un esparadrapo sobre la sien izquierda.

— ¿Me creía muerta, no es cierto? — suspiró — ¡Todavía no sé cómo pude salvarme! Pero cuando recuperé el sentido y recorrí la casa, encontrando el cuerpo de aquel canalla, supuse en seguida que usted había vuelto...

—Sí — dijo Winston, con un tono de amargura en la voz —. Me porté muy mal, ya que después de que usted me salvó la vida, la abandoné de una sucia manera.

—No tuvo usted la culpa. Yo deseaba que no le cogiesen.

— ¿Cómo sabía usted que el coche iba a pasar por allí?

—Como todo el mundo. Pocos minutos antes pasaron ordenando que cerrásemos las puertas y las ventanas, bajo pena grave, no abriéndolas hasta que se nos dijese.

— ¿Quién lo ordenó?

Ella abrió los ojos, extrañada sinceramente por aquella pregunta.

— ¿Quién va a ser? ¡La policía!

—La policía...

Era como para volverse loco.

¿Qué clase de ciudad era aquélla en la que las fuerzas de la Ley asesinaban a la gente de aquella manera?

—Yo me asomé, viéndole correr. Entonces, reconociéndole, le abrí la puerta.

— ¿Usted me conocía?

—Sí. Charles me habló de usted y luego, más tarde, cuando salimos del periódico donde fui a buscarle, usted pasaba en coche camino del exterior, y él me le mostró. Por eso le reconocí en seguida.

— ¡Menos mal!

—Yo estaba destrozada por la desaparición de Charles.

— ¿Cómo ocurrió?

Ella bajó la cabeza, guardando silencio unos instantes.

Luego, con voz conmovida, explicó:

—Vinieron a buscarle a mi casa... y no pude hacer nada por él. Estábamos hablando de usted, de Clement y Cyntia cuando llegaron.

— ¿La policía?

—No, los hombres de Knapp.

— ¿Quién es?

—Un antiguo «gangster», dueño ahora de todos los Supermercados de la ciudad.

— ¿Apoyado por las autoridades?

—Eso no lo sé.

No hacía falta que la muchacha dijese más.

Winston relacionaba, lógicamente, la actividad de Morgan, el inspector felón, con aquel bandido. No cabía duda de que las fuerzas confiadas a Morgan estaban trabajando al unísono de la banda del «gángster».

Todo se iba explicando.

El coche se acababa de detener y, después de pagar al chófer, Carter se cogió al brazo de la muchacha, penetrando en el suntuoso local al que ella le había conducido.

El «Casino» estaba situado en las afueras de Venusville, en una zona residencial y elegante.

Precediéndoles, el camarero les condujo a un reservado, separado de la pista por una cortina coquetona. Se sentaron, y tras haber pedido el menú, Carter rompió el silencio:

— ¿Qué cree que habrán hecho con su prometido?

Ella rompió en sollozos.

Cuando logró dominarse, dijo, mirando fijamente al joven:

— ¿Qué quiere que le hayan hecho? ¡Lo han matado! ¡Estoy segura! — sus manos buscaron sobre la mesa, las del hombre, estrechándolas con fuerza —. ¡Sáqueme de aquí, señor Winston! ¡Lléveme lejos! Yo seré, ahora, su primera víctima, en cuanto se den cuenta de que no lograron lo que se proponían.

—Cálmese, señorita... Ahora recuerdo que no sé aún su nombre.

—Linda.

No podía caerle mejor.

Carter la contempló unos segundos más.

En realidad, se dio cuenta de su gran belleza cuando la vio tendida en el suelo, cuando la creyó muerta. Recordaba; ahora que le llamó la atención la línea perfecta de su rostro y el color miel de sus lindos cabellos.

Ahora, al tenerla a su lado, pudiendo observarla mejor que en el taxi, se dio cuenta de que era mucho más agradable de lo que había imaginado en un primer momento.

—Cálmese, Linda — repitió, encontrando agradable el contacto con las manos de la muchacha —. Si lo que desea es irse de aquí, yo haré lo posible para alejarla de esta ciudad o incluso del planeta. La llevaré a un sitio donde estará completamente segura.

— ¡Gracias!

—No tiene por qué dárme las. Pero ahora desearía que me dijese algo.

— ¿Qué quiere usted saber?

— ¿Lleva mucho tiempo en Venusville?

—Unos diez años. Charles y yo llegamos con mi padre. Mi madre murió en la Tierra. Luego murió mi padre y Charles me ayudaba un poco. Charles era vecino nuestro, en una ciudad de la Tierra... y papá le decidió a que nos acompañase, ya que las cosas tampoco le iban muy bien allí.

—Comprende. Lo que yo desearía saber, Linda, es lo que ocurre en esta ciudad. Usted ya me ha aclarado algunos puntos; pero, ¿qué es lo que pasa? ¿A qué se debe todo este misterio?

—Yo no lo sé. Oí decir a Charles, furioso, que no les dejaban publicar nada y que la Prensa estaba amordazada, no pudiendo imprimir suceso alguno.

— ¿No dijo quién les impedía publicar lo que ocurría?

—Echaba pestes contra todo el mundo: contra el gobernador, la policía y demás; pero, sobre todo, parecía odiar a ese antiguo «gangster».

— ¿Joe Knapp?

—El mismo. Culpaba a ese hombre de todo lo que ocurría en la ciudad. Y decía que había algunos policías que estaban vendidos a él.

—Comprendo.

—El pobre Charles me decía también que había un hombre de Knapp que iba al periódico todos los días para censurar lo que iba a publicarse. Otras veces iba un tal inspector Morgan.

Carter esbozó una sonrisa.

Todo empezaba a encajar, como las piezas de un rompecabezas. Estaba clarísimo que la ciudad sufría el dominio de un sector de la policía que se había vendido, vilmente, a un ex gangster.

Pero faltaba explicar cuáles eran las actividades de la banda y qué motivos tenían para silenciar la prensa y dominar las calles al llegar la noche, como lo hacían.

La muchacha había dicho que le ordenaron cerrar puertas y ventanas. Lo que ahora necesitaba saber Carter era si aquella medida había sido tomada solamente para evitar que los perseguidos por el maldito coche pudieran encontrar refugio en una casa.

Hizo la pregunta a Linda.

Ésta explicó:

—No, no lo hacían sólo últimamente. Estamos acostumbrados y sabemos que algunas noches barrios enteros quedan bloqueados, obligándose a sus habitantes a encerrarse en sus casas, con un peligro

enorme si asoman a una ventana o puerta.

—Pero, ¿para qué necesitan eso, santo Dios? —inquirió el joven.

—Lo ignoro.

— ¡Daría cualquier cosa por saberlo!

—Lo comprendo. Pero no olvide lo que le ocurrió a Clement y a Charles... y a tantos otros que seguramente han perdido la vida al intentar saberlo.

—No lo olvido. Y precisamente por eso desearía conocer la verdad: para vengarlos.

Habían tomado unas bebidas y la llegada del camarero con la comida hizo que por el momento olvidasen sus cuitas. Durante el almuerzo, apenas si intercambiaron algunas frases.

Después, tras el postre, cuando Carter hubo pedido café para los dos y encendieron el cigarrillo, ella preguntó:

— ¿De veras va a interesarse por mi salida de Venus, señor Winston?

— ¡Naturalmente! —repuso el joven Y, por favor, no me llame Winston. Mi nombre es Carter.

—Como usted quiera. Carter.

—Voy a procurarle un pasaje para la Tierra con la mayor rapidez posible. Mientras tanto, me gustaría saber dónde va a alojarse. Yo desea... desea... desea...

No podía terminar la palabra.

¿Qué demonios le estaba ocurriendo y por qué los detalles del saloncito se movían como si formasen parte de un decorado artificial?

¿O era él quien se estaba moviendo?

Volviendo el rostro hacia la muchacha, vio que la cara de ésta estaba completamente desfigurada y que una sonrisa, enorme por la dimensión que adquirió la boca, mostraba unos dientes de colosal tamaño.

— ¡Linda! —logró articular.

Y antes de ver que el suelo del reservado se le echaba encima, como si la disposición lógica de las cosas hubiera cambiado por completo, tuvo tiempo de oír la risa de la joven.

Luego, nada...

Cuatro hombres penetraron en el saloncito, procedentes de dos reservados vecinos, de los que habían salido al oír la risa de la muchacha. Inclínándose sobre Carter, uno de ellos dijo:

—Está completamente dormido. Podemos llevárnoslo.

Precedidos por el «maître», que los condujo por un pasillo lateral, los cuatro hombres y su carga desembocaron por una salida de emergencia a una calle desierta.

Un coche retrocedió hasta colocarse cerca del callejón, volviendo a ponerse en marcha, cuando el cuerpo del agente estuvo tendido en la parte posterior, entre dos de los hombres que lo sujetaban convenientemente.

Después de atravesar parte de la ciudad, el vehículo, que se había detenido un instante en el centro para dejar bajar a uno de los hombres, se estacionó definitivamente ante una casa, en los alrededores del gran parque del Este.

Mientras, Knapp esperaba poder establecer comunicación con el hombre que le había encargado el trabajo.

Y cuando éste llamó por teléfono, le anunció:

— ¡Ya lo tengo, Willy! ¡Lo hemos cazado de una manera espléndida!

—Ya me contarás después los detalles. ¿Dónde lo tienes?

—En mi casita del Parque.

—Bien. Voy a ir allá con un amigo... Di a tus hombres que se vayan, dejando solo a Winston. Mi amigo sabrá hacerle hablar.

— ¿No quieres que vaya, contigo?

— No. Ya hablaremos después. ¡Gracias, Joe!

—Ya sabes que siempre es un placer servirte, Willy.

Colgó el otro y Knapp se dijo que aquel muchacho debía tener muchísima importancia para preocupar así a Willy, que era un hombre que no solía intimidarse por nada.

Pero, encogiéndose de hombros, se dijo qué lo mejor era olvidar el asunto, ya que Willy se ocupaba de sus cosas y él de las suyas. Y como tenía, mucho trabajo pendiente, decidió ocuparse de él en seguida.

* * *

Uno de los hombres estaba junto a Carter, que yacía tendido sobre el lecho. El otro se había quedado al fondo de la estancia, donde no. Llegaba la luz de la lámpara que el primero había, encendido para desnudar la parte superior del cuerpo del joven.

Le acababa de inyectar algo en la vena y, después de poner un poco de algodón y doblar el brazo, sin volverse hacia atrás dijo:

—Podremos empezar casi en seguida.

De la oscuridad llegó la voz del otro:

— ¿Crees que lo dirá todo?

— ¿No recuerdas a Parker? Habló por los codos... y no creo que éste sea más terco que él.

—Estoy deseando saber la verdad — dijo el otro. —Y te comprendo, Willy. Por lo que me has contado, ese tipo ha venido a meter tierra entre las ruedas de nuestro carro, justo en el momento que las cosas fallaban en cierto modo. Si hubiera venido en otro momento, nada habría pasado. ¡Pero Parker lo echó todo a rodar!

—Quiso hacerlo, pero llegamos a tiempo... La cinta está en mi poder.

— ¿Cómo? ¿No la has destruido?

Sin necesidad de volverse, se imaginó fácilmente la sonrisa divertida que debía ornar los labios de Willy.

— No. De vez en cuando, me gusta volver a oírla. ¡Es divertida! Desde luego, lo queramos o no, Parker era un hombre listo.

—No era tonto, no... ¡Un momento! Creo que la acción del pentotal empieza.

—Bueno...

El hombre se inclinó sobre el rostro de Carter, levantándole los párpados para comprobar su estado de narcosis; luego, tras apagar parcialmente la luz que tenía al lado, no dejando más que una lámpara insignificante, inquirió:

— ¿Me oyes, Winston?

El otro abandonó su asiento, yendo junto a su amigo.

— ¿Me oyes? —repitió éste.

Los labios de Carter se movieron, al principio imperceptiblemente, después con mayor intensidad.

Hasta que, de repente, repuso, con voz un tanto alterada.

—Sí, oigo.

—Bien — dijo el que le había inyectado —. Puedes estar tranquilo... Nada va a ocurrirte.

—Estoy tranquilo.

— ¿Quieres decirme de qué conocías a Clement Payne?

—Era mi cuñado.

— ¡Ya! Entonces, Cyntia era tu hermana, ¿verdad?

—Desde luego.

— ¿Cuál era el nombre de soltera de Cyntia?

— ¿Cuál iba a ser? Winston, como yo. —Perfectamente. ¿Quieres decirme ahora cuál es tu profesión?

—Soy agente de la Spacial International Police.

— ¿Y a qué has venido a Venus?

—A descubrir al asesino de Clement, puesto que Cyntia, igual que yo ahora, tenía la seguridad de que fue un asesinato.

—Desde luego. ¿Has venido por tu cuenta y riesgo?

— ¿Cómo podría hacerlo? He venido por orden de Callowan, el director de la SIP.

—Comprendo. ¿Y le has informado de algo?

—Voy a hacerlo, ya que estará impaciente de no haber recibido aún noticias mías.

—Desde luego; debes hacerlo en seguida. Y ahora, haz memoria... ¿qué es lo que sabes de este asunto?

Hubo un silencio; después Carter empezó a hablar, contando todo lo que sabía, agregando después la hipótesis que había encontrado más lógica para, explicar todo, incluyendo también sus dudas y la parte del asunto que aún permanecía oscura para él.

Cuando concluyó, el hombre que le había interrogado se volvió al otro, preguntándole:

— ¿Qué te parece?

—Estupendo. Ahora es cuando podemos obrar sin temor a equivocarnos.

Y sonrió, como solía hacerlo cuando estaba seguro del triunfo.

CAPÍTULO VIII



E pareció emerger dulcemente de una hondura sin fin; era como si tuviera que abrirse paso hacia arriba, nadando en medio de una sustancia acolchada lo bastante espesa para ser desesperante.

Poco a poco, logró ir ascendiendo a la superficie, terminando por sorprenderse al ver que todo se limitaba a abrir los ojos, lo que decir que había estado dormido y que las vagas imágenes que vagaban por su espíritu no eran, en realidad, más que los restos de un sueño pesado y cargado de pesadillas.

Frotándose los ojos, se sentó en el lecho, echando una primera mirada a su alrededor, con la esperanza de encontrar una explicación a todo lo que apenas recordaba haber soñado.

Pero en derredor suyo no había nada que no fuese el conocido contorno de la habitación del hotel: nada, verdaderamente, que justificase aquel raro estado emocional que, paradójicamente, seguía afectándole.

Lo peor de todo era que los recuerdos no eran claros y estaban como reflejados en una superficie vaga, que les prestaba contornos imprecisos.

¿Qué había pasado?

Por más que intentaba recordarlo, no lograba otra cosa que enredarse en disquisiciones que no le llevaban a sitio alguno.

Fastidiado, terminó por levantarse, enviando a paseo sus intentos y pasando a la ducha, donde el agua fría le revigorizó un tanto. Vestióse luego, saliendo de la habitación para tomar el desayuno en el comedor del hotel.

Había decidido dejar de pensar, diciéndose que tenía la mente

demasiado borrosa para llegar a conclusiones que le aclarasen algo. Por el contrario, al recordar su labor en Venusville, volvió a vivir todo lo que había pasado, recordando, como último detalle, la muerte del motorista, en la casa de aquel lóbrego barrio, en el que el coche se había lanzado sobre él con intención de aplastarlo.

Carter no podía recordar nada más.

Volviendo poco a poco a la realidad, terminó el desayuno, regresando a su cuarto donde se dedicó, por espacio de más de dos horas, a redactar el informe que iba a enviar a Callowan. Una vez hecho llamó al camarero, entregándole el sobre y dinero para que lo enviase, en forma de radiograma, utilizando la vía más directa.

Estaba encendiendo un cigarrillo, contento al fin de haber hecho algo positivo, cuando el teléfono de su habitación resonó con fuerza.

— ¿Diga? —inquirió.

La voz del empleado de la recepción llegó hasta él:

—Hay un señor que desea verle, señor Winston. Pide permiso para subir a su habitación,

—Que suba.

Colgó el aparato, haciendo un esfuerzo para recordar algo, ya que tenía la vaga impresión de haber recibido una visita antes que aquella; pero todo lo que hizo por precisar el recuerdo no le sirvió, absolutamente para nada.

— ¿Por qué demonios me falla la memoria? —se preguntó en voz alta, justo cuando llamaban a la puerta —. ¡Adelante! — dijo, después.

Un hombre alto, delgado, vestido con cierta soltura pero sin elegancia, apareció en el umbral. Tenía las manos grandes y un solitario brillaba en uno de sus dedos.

— ¿El señor Winston?

Carter asintió con un gesto de cabeza, indicando un asiento al recién llegado.

—Me llamo Ringold — dijo éste, después de estrechar la mano que el agente de la SIP le tendía, sentándose luego —. Butch Ringold — concluyó diciendo.

—Bien. ¿Quería usted verme, señor Ringold?

—Sí. ¡No puede usted imaginarse las gestiones que he hecho para encontrarle! A pesar de conocer su nombre, he tenido que obrar con prudencia, ya que el menor error me hubiese sido fatal.

— ¿Y si empezase usted por el principio?

El otro sonrió.

—Perdone — dijo luego —. Todavía estoy nervioso, pero voy a procurar explicarme claramente. Empezará usted a entenderme cuando le diga que vivo en Fulton Street.

—Sigo sin entenderle — confesó el agente.

—Fulton Street — repitió el otro — es la calle en la que se intentó su asesinato.

— ¡Ah!

—Yo estaba trabajando, tengo un pequeño cerebro electrónico que conseguí comprar con la ayuda de mi hermano, ya que ambos somos contables; es decir, Edward también lo era...

— ¿Ha dejado de serlo?

—Ha dejado de pensar, de razonar. Está en un sanatorio de enfermos mentales.

— ¿Se volvió loco?

—Fue la droga, señor. Le envenenaron esos canallas... Pero perdone y déjeme ordenar un poco mis ideas...

Hizo una pausa.

Luego, prosiguió:

—Yo estaba trabajando cuando vinieron los de la policía a decirme que cerrase las puertas y las ventanas, y que no abandonase la casa por ningún motivo, hasta que me ordenasen hacerlo.

Suspiró.

—Lo hemos hecho tantas veces, señor, que nada me hubiera extrañado, a no ser que, por suerte o por desgracia, fui testigo de la muerte de un hombre al que conocía por verlo pasar, cada noche, bajo mi ventana, cuando regresaba a su casa.

—¿Quién era?

—Un tal Clement Payne, señor: un periodista que vivía con su joven esposa en una calle vecina.

— ¿Dice que usted le vio morir?

—Si, señor Winston. Quizá por desgracia, ya que se repitió la escena cuando intentaron hacerlo con usted.

— ¿Qué escena?

—Verá usted: yo vivo al final de la calle, casi junto a la esquina con Mortimer Street, la calle donde vivía Payne. La noche que ocurrió, aquella horrible desgracia, yo como casi todas las noches, estaba trabajando. De repente, un coche se detuvo bajo mi ventana... Atraído por la curiosidad, apagué la luz de mi cuarto y me acerqué al alféizar, oyendo claramente lo que se estaba hablando abajo.

«También conocí inmediatamente a los dos hombres que estaban

hablando, ya que los demás permanecían en el coche, silenciosos.

— ¿Quiénes eran?

—Un hombre llamado Joe Knapp, un antiguo «gangster»...

—He oído hablar de él. ¿Y el otro?

—El inspector Morgan, de la Policía.

Carter dijo:

—También le conozco. ¿Qué estaban diciendo?

—Hablaban de un hombre que acababan de matar en una avenida nueva de la ciudad. Y también decían que habían tenido la mala suerte de que un testigo viese el asesinato. Parece ser que uno de ellos iba en otro coche, detrás del que mató al hombre, lo cual le permitió ver a Payne, el periodista, acercarse al cadáver.

—Comprendo — dijo Carter, positivamente interesado —. Siga, por favor.

—Bien. Por lo que decían, tenían miedo de que Payne volviese a la redacción del periódico y estaban esperando que saliese de su casa, en donde estaba en aquellos momentos.

— ¿Y qué más?

—Morgan dijo entonces que iba a ordenar que se cerrasen todas las puertas y ventanas, y envió a unos agentes para que se cumpliesen sus órdenes. Yo me hice el dormido, pudiendo quedarme junto a mi ventana, ligeramente entreabierta.

«Poco después, el coche se ponía en movimiento, con las luces apagadas. Pero, cuando encendieron los faros, de repente, vi a Payne que corría desesperadamente, intentando llegar a la plaza para poder salvarse... No lo logró y el vehículo le alcanzó, lanzándolo contra la pared de una casa y matándolo.

— ¿Qué más?

— No vi nada más, señor. Pero asistí, del misino modo, al intento que hicieron contra usted.

Carter no dijo nada.

Estaba contento por haber encontrado, de manera tan providencial, un testigo tan importante.

Miró al hombre que, indudablemente, estaba esperando que él hablase.

— ¿Se da cuenta de la importancia de lo que acaba de decirme, señor Ringold?

—Sí, señor.

— ¿Puedo saber qué le ha decidido a usted a correr el riesgo de venir a verme?

—Mi hermano.

— ¿Por qué?

—Porque, cuando ordenan que una calle o un barrio quede bloqueado es para realizar una de sus sucias distribuciones de droga... ¡Están envenenando a la ciudad, señor Winston!

Carter preguntó:

— ¿Está seguro?

—Por completo. Knapp ha trabajado siempre con la droga y, apoyado por el inspector Morgan, la distribuya tranquilamente, abusando de los poderes del policía, que simula «razias» para trabajar con toda libertad. ¿Lo entiende usted?

—Desde luego.

—Mi pobre hermano sufría de jaquecas y aquello le hizo caer en tan feo vicio. Yo no me di cuenta, desdichadamente, hasta que ya era demasiado tarde. ¡Ahora ya no puedo hacer nada por él!

—Lo siento de veras...

¡Por fin se había explicado todo!

Ahora, con aquellos maravillosos datos en su poder, podía lanzarse hacia adelante, sin miedo, pudiendo inclusive solicitar, si lo necesitaba, el apoyo de la policía no corrompida.

Su tesis había resultado cierta, lo que no dejaba de complacerle. Lo único que ignoraba era el motivo de aquellas órdenes de bloqueo en los barrios.

—Son muy listos — dijo, en voz alta —. Morgan, al simular una «razia», estaba justificado ante sus superiores. Pero, ahora que pienso, ese inspector felón debe contar con muchos hombres que no ignoran la verdad.

—Toda la brigada que manda Morgan está tan podrida como él, señor. Yo los he visto llevar una vida que no está de acuerdo con el sueldo que ganan. El mismo Morgan tiene una casita en los alrededores, que dicen que es un verdadero palacio.

— ¿Y Joe?

— ¿Knapp ?

—Sí.

—Está cubierto con su asunto de Supermercados, señor. De día, es un caballero intachable, pero de noche se convierte en lo que no ha dejado de ser nunca: un bandido sin escrúpulos, un hombre que trafica con la salud y la vida de sus semejantes... ¡un monstruo sin conciencia!

— ¿Cómo supo usted que yo vivía aquí, en este hotel?

—Ya le he dicho antes, señor, que me ha costado muchísimo encontrarle, ya que no quería dar un paso en falso. Comprenderá usted que si hubieran sabido algo, yo no hubiese vivido mucho tiempo...

—Pero aún no ha contestado a mi pregunta.

—Voy a hacerlo, señor... Yo oí, cuando iban a atropellarlo con el coche, que era usted un periodista que había llegado de la Tierra y que se llamaba Winston. Cuando vi que se salvaba usted, me dije que se me presentaba la única ocasión de hacer algo para evitar que hombres como mi hermano se conviertan en pedazos de carne sin alma... Consulté los hoteles más importantes, haciéndome pasar por una casa de tintes. Hasta que aquí, en éste, me dijeron que estaba usted hospedado.

—Entendido, Ringold. Ahora voy a pedirle a usted algo importante.

—Usted dirá, señor.

—Ya comprenderá, Butch, que, después de todo lo que me ha dicho, se ha convertido usted en un testigo maravilloso, que puede hacer que esa gente sienta, al fin, el peso de la Ley. ¿De acuerdo?

— ¡Por completo, señor!

— ¿Estaría usted dispuesto a firmar una declaración con todo lo que me ha dicho?

El otro sonrió.

— ¿Y para qué ha creído usted que he venido, señor Winston? ¡Haré lo que me diga! ¡Quiero que esos canallas paguen sus culpas y mi única pena es no poder estar presente cuando entren en la Cámara Electrónica.

—Procuraré complacerle, Butch.

—Se lo agradeceré el resto de mi vida.

—Bueno. Puesto que está dispuesto a testimoniar, siéntese al lado de la mesita y escriba, con claridad, todo lo que me ha contado. Luego lo firmaremos. ¿Quiere que le suban algo de beber?

— ¡No vendría mal, señor!

—Perfecto.

Una hora más tarde, Carter leía el documento más importante que jamás había tenido en las manos. Debidamente firmado y tras despedir a Ringold, rogándole que no se moviese ni dijese nada a nadie hasta que él le llamase, el documento pasó a la caja fuerte del hotel, recibiendo el agente un papel, firmado por el director, que se hacía responsable de tal tesoro.

Una vez fuera, en la calle, Carter sonrió, a pesar de que la

llovizna empezaba a caer de nuevo.

«Ahora — se dijo, con esa agradable sensación que procura el triunfo —, puedo darme a conocer y hacer que me ayuden. ¡Voy a limpiar esta ciudad para siempre!... — y mientras pedía un taxi, pensó —. ¡Seguro que te estarán silbando los oídos, hermanita!

* * *

Tuvo que esperar muy poco en la elegante antecámara, antes de que la puerta del fondo se abriese, dando paso a un hombre elegantemente vestido, de cabellos casi blancos, ancho de espaldas, que sonreía amablemente.

Era Thomas W. Snope, el Jefe Superior de la Policía de Venus.

—Pase usted, señor Winston.

Obedeció el joven, estrechando la mano que el otro le tendió. Luego de penetrar en el imponente despacho, se sentó en el cómodo sillón que su anfitrión le había señalado.

— ¿Un «whisky»? —inquirió éste.

— ¡Con muchísimo gusto, señor!

Bebieron, encendiendo después sendos cigarrillos.

— ¿Así que, tal y como me han anunciado — inquirió el policía —, pertenece usted a la SIP?

—En efecto, señor. Y he de excusarme, antes que nada, de no haberme presentado más pronto. Pero ya comprenderá usted que debía trabajar en la sombra hasta conocer la verdad.

— ¡Desde luego! No debe excusarse de nada., amigo mío... Admiro a los hombres de la Spacial International Police y venero a su jefe, el señor Callowan.

— ¿Le conoce usted personalmente?

—Le vi, hace unos tres años, en una de mis visitas a la Tierra. ¡Es un hombre maravilloso!

Carter sonrió.

—Tiene usted razón, señor.

Hubo un silencio.

Después, Thomas W. Snope dijo:

—Entonces, ¿ha hecho usted un buen trabajo, por lo que presumo?

—Usted mismo juzgará cuando conozca los hechos.

Y empezó a informar, desde el principio, sin omitir un solo detalle, hablando despacio, aclarándolo todo, de manera á que su

interlocutor tuviese una clara imagen de lo acontecido.

Notó la impresión sorprendente que sus palabras causaban al Jefe Superior. Y se sintió halagado por aquella reacción que, de fardos modos, esperaba.

Cuando terminó, el otro se había puesto en pie y paseaba, como un león enjaulado, por el amplio despacho.

— ¡Increíble! — exclamaba —. ¡Fantástico! ¡Qué vergüenza para nuestra policía! ¡Dios santo! ¡Jamás lograré borrar esta mancha del Cuerpo que dirijo tan indignamente!

—No debe maltratarse de esa manera, señor. Usted, como suele ocurrir desde su puesto elevado, no podía controlar las actividades de todos sus inspectores.

— ¡Pero es espantoso! ¿No comprende que siempre he considerado a Alex Morgan como uno de los inspectores más íntegros y honrados de los que he tenido a mis órdenes?

—También suele ocurrir eso, señor... Los tipos como Morgan son hábiles en extremo y consiguen engañar fácilmente a los que les rodean.

Thomas W. Snope exclamó:

— ¡Es inaudito!

Durante un buen rato siguió paseándose, sin dejar de exclamarse de mil maneras distintas. Se veía a la legua que estaba haciendo ímprobos esfuerzos por controlarse, por retener la oleada de cólera que había empurpurado intensamente su rostro.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

— ¡Adelante!

Era uno de los agentes que, después de saludar, dijo:

—Un tal señor Conwer, que dice ser amigo suyo, desea verle, señor.

— ¿Conwer?

—Sí. Dice que le conoció hace muchos, años, en San Francisco... Que fueron juntos al colegio.

Thomas se frotó el mentón.

Luego, con un esbozo de sonrisa, contestó:

—Creo recordarle... ¡Que espere un momento! En seguida le recibiré.

Bien, señor.

Se cerró la puerta y el rostro del Jefe Superior volvió a, reflejar su preocupación. Luego, acercándose a Carter, inquirió:

— ¿Qué piensa usted hacer?

—Eso depende de sus planes, señor. Yo ya he cumplido con mi deber...

—Entiendo... Ahora yo debo cumplir con el mío. De acuerdo. Haremos las cosas bien y aprisa! Esta tarde, por favor, le espero aquí después de almorzar. Forjaré un plan y, puesto que usted, tiene la prueba de la culpabilidad de esos canallas, podremos obrar sin demora. Detendremos a Morgan, a los policías vendidos a sus órdenes, a ese canalla de Knapp y a toda su banda... ¡Quiero limpiar esta ciudad! Y no dormiré tranquilo hasta haberlo hecho de una manera completa.

Carter se puso en pie.

—Estaré aquí puntualmente, señor.

—Bien. Y muchas gracias por todo, señor Winston. ¡Hace usted honor a la Spacial International Police!

Se estrecharon la mano y el agente abandonó el despacho, penetrando en la antesala.

El policía que había anunciado a la otra visita estaba allí, junto a un hombre grueso, de aspecto bonachón, que reía de una manera descuidada y vulgar con un habano en los labios.

— ¡Íbamos juntos al colegio! — contaba al agente, sin dejar de reír—. ¡Menuda pareja hacíamos! ¡De miedo! — una pausa corta; luego —: ¡Y lo que, me ha costado encontrarle! Porque este demonio de hombre se hace ahora llamar Thomas, cuando en realidad se llamó siempre Willy... ¡Willy Snope!

Carter apretó el paso.

CAPÍTULO IX



El cuerpo de Carter estaba lleno de sudor, un sudor frío y pegajoso, cuando llegó a la calle.

De golpe, como surgido de lo más hondo de su memoria, había aparecido un dato, tan olvidado hasta entonces que ni lo había mencionado en el relato que acababa de hacer al Jefe Superior de Policía.

¡¡¡WILLY!!!

¿Cómo era posible que hubiera olvidado aquel detalle importante, que Callowan le había recomendado recordar tan especialmente?

Tomó un taxi, dirigiéndose al hotel en medio de una confusión mental intolerable, ya que las ideas se mezclaban en su cerebro, sin que consiguiese ver nada claro.

Cuando estuvo en su habitación y hubo encendido un cigarrillo, sentándose en el borde del lecho, reflexionó con mayor tranquilidad, asombrado del curso de sus propias ideas.

—No debes ser así — se dijo, en voz alta —. El que el jefe Superior se llame Willy no quiere decir nada, después de todo. Hay cientos, miles de Willy en esta ciudad y no va a, ser precisamente el Jefe Superior el Willy que nombró aquel desgraciado, momentos antes de morir...

»Por otro lado, ¿crees que si el hombre al que acabas de visitar fuese el principal culpable iba a poner a tu disposición toda la máquina policiaca para destrozar su propia organización?

«¡No seas loco!

«Una vez Morgan y Joe encerrados, ¿quién les impediría confesar que el responsable de todo es el Jefe Superior?

Eran razonamientos que se tenía lógicamente de pie.

Un poco más calmado, dejó que el tiempo pasase, no sin experimentar una impaciencia creciente a medida que la hora de cita se acercaba. Comió muy poco y casi sin apetito, pensando en lo que le esperaba aquella misma tarde.

Un taxi le llevó a la Jefatura General, siendo inmediatamente conducido al despacho de Thomas.

Éste le acogió con la mejor de sus sonrisas.

— ¿Preparado, señor agente?

—Cuando usted quiera.

—Perfecto. He estado elaborando un plan que, antes de poner en práctica, deseaba discutir con usted.

— ¿De qué se trata?

—Verá... Creo que lo más lógico es empezar por Joe Knapp. Hace mucho tiempo que yo creía francamente que se había convertido en un hombre honrado. Sé dónde vive y dentro de una hora estará en su casita del lado del parque Este. Rodearemos la casa y le detendremos. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Respecto a Morgan, le he enviado con su brigada, cuyos componentes deben de estar todos en complicidad con él, a una misión en las afueras de la ciudad. Debe esperar allí hasta que nosotros lleguemos, cosa que haremos para detenerlos también.

—De acuerdo.

—Pues, si está, preparado, ¡adelante! ¡Vamos a limpiar Venusville de la lepra que creía haber borrado para siempre de sus calles!

Y mientras bajaban al patio, donde los coches estaban alineados, dijo:

—Amo a esta ciudad, señor Winston: mucho más de lo que pudiera creerse. En realidad, el gobernador es un hombre viejo que ni corta ni pincha; perdóneme, tan vulgar expresión. Desde hace mucho tiempo, he creído honradamente llevar las riendas de Venusville... Pero usted me ha demostrado mi error y quiero ser ahora el primero en demostrar mi ansia de limpiaría de inmundicia.

—Eso es lo que vamos a hacer, señor.

Momentos después los coches abandonaron el parque, dirigiéndose a gran velocidad y haciendo sonar sus potentes sirenas hacia la mansión de Joe Knapp, ante la que se detuvieron algunos minutos más tarde.

Quedándose en segundo plano, a, un centenar de metros de la casa, Thomas W. Snope, a cuyo lado se hallaba Carter, ordenó a los hombres que penetrasen en la mansión, ordenando a Joe y los cómplices que allí estuvieran que se rindiesen.

Winston, desde donde estaba, oyó los altavoces que hacían funcionar los policías. Un silencio extraño siguió a las instrucciones que acababan de gritar.

Luego, de repente, una ráfaga de ametralladora rompió la quietud que se había hecho, desencadenándose un verdadero combate.

—Era de esperar — explicó el Jefe Superior —. ¡Cuánta razón tenía usted! Esa gente, en contra de las órdenes que hay en la ciudad, han almacenado armas y municiones... ¡Santo Cielo! Si alguien me hubiera dicho ayer mismo que había «gangsters» en Venusville, creo que le habría roto los huesos a golpes...

El tiroteo aumentaba en intensidad. Luego se produjeron algunas explosiones, más ráfagas.

Después, silencio:

—Creo que ya han entrado en razón — dijo Thomas —. ¿Nos acercamos?

—Como usted quiera.

A Carter le hubiera gustado más formar parte de los que combatieron, pero comprendía que su puesto estaba al lado del Jefe Superior.

Siguiéndole, acercóse a la casa, penetrando tras él por una de las puertas que los policías habían derribado.

Un inspector corrió hacia ellos.

— ¡Están arriba, señor!

—Bien.

La casa era elegantísima y había sido amueblada con un lujo asiático. Se comprendía que su dueño debía de ser, ante todo, un sibarita refinado.

Una vez en el piso de arriba, Carter pudo ver cuatro hombres que yacían en el suelo de la habitación que daba a la fachada. Todos estaban muertos.

—Éste es Knapp — dijo un agente.

—Los otros debían de ser sus cómplices — explicó Thomas —. ¿Hay alguien más?

—Tres en la parte posterior.

—Vamos.

Pasaron al otro lado de la casa.

En efecto, había allí tres personas, igualmente muertas, tendidas en el suelo: dos hombres y una mujer.

Carter sintió un estremecimiento al reconocer en ella a la muchacha que le había visitado en el hotel. De golpe, los recuerdos acudieron a su mente, demostrándole que había tenido un vacío en la memoria hasta aquel momento.

— ¿Conoce a esa muchacha? — inquirió, mirando a Thomas.

—No. ¿Hay alguien que la conozca?

Uno de los agentes se adelantó.

—Yo, señor.

—Habla.

El agente explicó:

—Estuvo detenida hace unas semanas por llevar droga, pero fue puesta en libertad al demostrar que lo que llevaba estaba destinado a un sanatorio. Era enfermera.

—Tendremos que repasar su caso. Tome nota, inspector.

—Bien.

Snope se volvió a Carter:

—Creo que no tenemos nada más que hacer aquí, ¿eh, señor Winston? ¿Vamos a continuar la limpieza?

Carter asintió:

—Sí.

Mientras los coches volvían a ponerse en marcha, dejando en la casa algunos policías de guardia para esperar a los del laboratorio y médicos forenses, Carter, sentado al lado de Thomas, intentaba una vez más poner en orden sus ideas.

Se dijo que, desde que llegó a aquella maldita ciudad no había

salido de la confusión, del lío, del laberinto, ya que cuando creía haber empezado a comprender resultaba que todo se enredaba de nuevo, como si el destino quisiera burlarse de él.

Ahora sabía, desde que perdió inexplicablemente la memoria, que aquella mujer le había visitado, que había salido con ella, que resultó ser la novia de Charles— ¿o no lo era? —y que había perdido la conciencia cuando terminaba de tomar el café en su compañía.

¿Qué habían conseguido durmiéndole, si luego le dejaron en su habitación del hotel?

¿Para qué todo aquel montaje de escena si ahora ella estaba muerta, de la misma, manera que Joe Knapp?

La cabeza le daba vueltas.

Entre tanto, los coches habían atravesado la ciudad y se acercaban ahora a una pequeñísima aglomeración de casas de los suburbios.

Thomas la señaló.

— Morgan y sus hombres — dijo — están ahí. Les rodearemos y les invitaremos a rendirse.

—No creo que lo hagan.

Thomas preguntó:

— ¿Por qué?

—Porque imitarán a Knapp y a sus cómplices. Aunque deberíamos, por lo menos, coger a Morgan vivo.

—Lo intentaremos.

Momentos después, las fuerzas desplegadas rodearan la pequeña aglomeración. Y casi en seguida, el tiroteo, estalló por todas partes.

Había en el rostro de Carter una expresión que no era la que podía esperarse de una victoria como la que estaba consiguiendo; pero, pese a todo, tenía el entrecejo fruncido, los labios apretados y los ojos brillantes como ascuas.

— ¿Por qué no me deja intervenir, señor? —inquirió Carter.

Thomas le miró, con asombro.

— ¿Ha perdido usted la razón, amigo mío? Si le ocurriese algo, ¿con qué cara tendría que explicar yo al señor Callowan que lo envié a la muerte de una manera tan estúpida?

Sonrió al añadir:

—No, Winston: usted ha hecho ya demasiado, exponiendo su vida de una manera notable. Además, no se preocupe: diré muy alto que todo esto se lo debo a usted. ¡Si es necesario, iré con usted a Washington para; testimoniar al jefe de la SIP mi profundo

agradecimiento!

Carter no dijo nada.

Los disparos cesaban en aquel preciso instante y los dos hombres avanzaron hacia la zona que había sido batida por las fuerzas atacantes.

Había cadáveres por todas partes. Y Thomas ordenó que fueran reunidos en una hilera, cosa que se hizo inmediatamente.

Luego pasaron ante ellos, junto a un inspector que iba anotando sus nombres en un cuaderno.

— El inspector Morgan no está, señor — anunció un policía.

— ¿Eh?

—No está entre los cadáveres.

— ¡Búsquenlo! ¡Rápido! ¿Han rodeado toda la zona?

—Sí.

—Regístrenlo todo... ¡sin descanso! ¡Hay que encontrar a ese hombre!

Y volviéndose a Carter, exclamó:

— ¿Se da usted cuenta? ¡Tenemos que cazarlo!

— ¡Ojalá lo cojan vivo!

—Desde luego. Así podrá usted llevar una buena presa a la Tierra.
¿No es así?

— ¡Me encantaría!

Thomas dijo:

—Esperemos que mis hombres tengan suerte.

Pero no la tuvieron.

Durante casi la totalidad de la noche se buscó por todas partes al desaparecido, pero sin resultados.

Thomas estaba frenético y no dejaba de dar voces y amenazar con destituciones en masa. Pero de nada sirvieron sus gritos e improperios. Hacia la madrugada, después de dejar allí a gran parte de las fuerzas para que siguieran buscando, el resto regresó a la ciudad,

—Voy a dejarle en su hotel — anunció Thomas.

—Muchas gracias.

Se despidieron ante la puerta, estrechándose la mano.

—Si lo desea — dijo el Jefe Superior —, puede venir a verme mañana. Es muy posible que tenga noticias... y un prisionero.

Carter dijo:

—Así lo haré. ¡Buenas noches, señor!

— ¡Buenas noches, amigo!

Carter tomó el ascensor, echando una melancólica mirada al «hall», desierto a aquellas horas.

Estaba cansado.

Los acontecimientos de aquella tarde le habían precipitado en un nuevo estado de confusión y deseaba estar en la cama, no para dormir, sino para reflexionar con tranquilidad, buscando la solución al nuevo problema que se había planteado.

Aunque le parecía imposible la respuesta que tenía a flor de labios.

Sin embargo, todo parecía concordar de una manera matemática; aunque esta vez la falta de pruebas iba a hacer estériles todos sus esfuerzos.

Introdujo la llave en la cerradura, cerrando la puerta sin encender la luz. Pero en el momento que lo hacía notó una sensación extraña en los dedos de la mano con la que había tocado el pomo.

¡Sangre!

Estuvo tentado de obrar a toda velocidad; pero una voz a su espalda le cortó la iniciativa:

— ¡Levante las manos, Carter!

El joven obedeció.

— ¡Vuélvase!

Lo hizo.

Morgan estaba ante él con una mano apoyada, en la puerta del «living» y una pistola en la otra. Su cara estaba cubierta de sangre y una mancha más oscura señalaba el lugar, en la frente, donde tenía la herida.

—No esperaba verme aquí, ¿eh?

—La verdad es que no le esperaba.

—Pues he venido, Carter... Y ya puede imaginarse a qué.

—Lo supongo.... ¿Puedo sentarme?

— ¡Desde luego! Pero no sin antes coger, con el índice y el pulgar de la mano izquierda, la pistola que lleva en la funda sobaquera... ¡Un movimiento sospechoso y le hago, papilla la cabeza!

Carter obedeció y cuando tuvo la pistola entre los dedos, cogida por la culata, preguntó:

— ¿Qué hago ahora?

— ¡Tírela hacia aquel lado! ¡Rápido!

Lo hizo así.

—Se ve que es usted policía, Morgan... ¡Lástima que sea de los malos!

— ¡Cállese, imbécil!

Se había mordido los labios.

En su rostro se leía el sufrimiento que debía padecer y el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí.

Después de una pausa, dijo:

—He venido a matarle, Winston.

—Antes dije que lo suponía; pero creo tener derecho a saber por qué.

— ¿Y aún me lo pregunta?

— ¿Cree que lo sé?

— ¡Naturalmente que lo sabe! Usted ha desencadenado algo que no esperábamos... nadie.

Hizo un nuevo esfuerzo para mantenerse en pie.

Carter dijo:

— ¿Por qué no se sienta un poco, Morgan? ¡Está usted exhausto y voy a tener que cogerle en brazos antes de unos minutos!

El otro se incorporó, poniéndose rígido.

—Le gustaría., ¿eh? ¿Le gustaría cogerme vivo, hacerme hablar y luego publicar en su sucio periódico todo lo que yo dijese?

Winston frunció el entrecejo, sorprendido.

Luego preguntó:

— ¿De veras que no sabe usted quién soy, Morgan?

— ¡Un asqueroso «emborronacuartillas»!

Una sonrisa apareció en los labios del joven.

—Se equivoca, Morgan... aunque no le gusta que se haya equivocado, ya que me demuestra algo que desbaba saber...

— ¡Deje de hablar, maldito! ¡Me hace dormir!

Carter vio que los ojos del policía se entornaban, pero no era precisamente el sueño lo que le obligaba a hacerlo.

—No soy periodista, Morgan, sino un agente de la SIP.

— ¡Maldito embustero!

—Puede creerme. Además, no hace falta tener mucha imaginación para darse cuenta de que le digo la verdad. ¿Cree que el Jefe Superior me hubiera escuchado si no fuese más que un redactor?

— ¿Escuchado? ¿Cómo se enteró de todo?

—Un tal Ringold vino a contármelo.

— ¡No!

—Le digo la verdad.

—Ahora empiezo a comprender...—sus ojos estaban más cerrados que abiertos —. ¡Canalla! Después de...

Fue entonces cuando Carter dio aquel salto formidable.

Y cuando sonó el disparo.

CAPÍTULO X



L dolor fulgurante en el hombro izquierdo no detuvo la marcha a través del aire del agente de la SIP, que cayó, como pensaba, sobre Morgan, quien, en el estado en que se encontraba, era incapaz de evitar el choque haciéndose a un lado.

Cayeron juntos, uno sobre el otro.

Y Carter, cuyas manos volaban, se apoderó de la pistola de Morgan, desarmándole con gran facilidad.

En realidad, no tuvo que hacer esfuerzo alguno, ya que el golpe

había privado de los sentidos al policía.

Incorporándose, Carter examinó la herida de Morgan, pensando, sólo un instante, en llamar a un médico. Pero, recordando la hostilidad general de aquella ciudad, fue al pequeño armario de farmacia del cuarto de baño, procurándose lo necesario para curar en lo posible al otro.

Limpió la herida, comprobando con horror que era profunda y había fracturado ampliamente el hueso, lo que hacía que el pronóstico fuese francamente fatal.

Tuvo miedo de que aquel hombre muriese sin darle la clave de todo el problema, ya que era la única persona que podía esclarecerle los puntos que quedaban sin explicar:

Corrió a su habitación, volviendo con una botella de «whisky», de la que hizo beber a Morgan un buen trago por la fuerza.

Esperó.

Poco después, Alex abrió los ojos.

Su mirada reflejó un odio intenso al encontrarse con la del joven; pero, instantes después, una triste sonrisa irónica entreabrió sus labios que estaban casi completamente blancos,

—Fui... un idiota al no matarle en... seguida — balbució.

— ¿Qué habría ganado con ello, Morgan? ¿No se da cuenta de que es mucho más importante que hable?

— ¿Hablar? ¿Para qué?

—Usted ha sido atacado, todos sus amigos han muerto. Igual ha ocurrido con Knapp...

— ¡Eso es mentira!

— ¿Por qué iba a entretenerme a mentir en estos momentos?

Hubo una pausa.

Luego Morgan musitó:

—Puede que sea cierto... Después de todo, usted es el único culpable... ¡Váyase al infierno y déjeme morir en paz!

— ¡No puedo, Morgan! Tengo que saber la verdad,

—No le diré nada.

— ¿Quiere que las cosas queden así? Usted ha sido traicionado, estoy seguro. Y alguien saldrá ganando con la muerte de todos ustedes.

—Poco me importa..., ¿Quién estaba con Knapp?'

—No los conozco. Había varios hombres y una mujer...

— ¿Una... mujer?

Intentó levantarse, pero Carter se lo impidió, ya que el vendaje cie la cabeza se tiñó de rojo por el esfuerzo.

— ¿Había... una mujer?

—Sí. La misma que vino a verme. Creo que era la novia de Charles.

— ¡Qué tontería!... ¡Era mi mujer!

— ¿Es posible?

Pero Morgan no le escuchaba.

— ¡Me había prometido dejar a Lola fuera de todo esto! ¡Me lo había jurado... y ha faltado a su palabra! ¡Ahora está muerta!

—Sí, yo la vi tendida en una habitación de la casa de Joe. Pero lo que no me explico es por qué la tomé por la novia de Weber.

—Eran hermanas. Se parecían tanto que la gente las tomaba por gemelas; pero Lola era mayor que la otra... ¡Por eso la emplearon, sin decirme nada!

—Vino a verme aquí, al hotel. La tomé por la otra y me llevó, al «Casino», allí debió darme una droga...

—Era enfermera. ¡Había prometido no mezclarla jamás en nada y no cumplió su palabra! ¡Canalla!

— ¿Quién, Morgan?

Los ojos del policía se clavaron en los de Carter.

— ¡Ya poco me importa lo que pase! Si Lola estuviese viva, jamás habría dicho nada... por ella. Pero ahora, puede irse todo al diablo.

— ¿Quién la utilizó, Morgan? —insistió Winston.

— ¿Quién va a ser, pedazo de imbécil? ¡¡Willy Snope!!

— ¿Entonces?...

— ¡Él es el jefe! ¡El mandón! ¡El señor! ¡Júreme que lo hará trizas, Carter!

—Se lo prometo, pero debo saberlo todo, tener pruebas...

— ¿Pruebas? — había cerrado los ojos de nuevo y respiraba con dificultad —. ¿Pruebas? — repitió —. ¡Las tendrá, si se da prisa!

— ¡Pero tiene que contarme cosas!

—Voy a hacerlo, así lo comprenderá todo.

Carter sintió que su corazón latía con fuerza.

— La idea — explicó Morgan, con» un hilo de voz, casi un susurro — se lo ocurrió a Joe Knapp era un hombre listo y sabía lo que quería... Era, en verdad, un plan estupendo y cuando, estando detenido, me llamó para explicármelo, sentí una gran admiración por

él.

«Luego Se lo conté al jefe, esperando, que se limitase a reír, sin hacer caso. Pero en aquel momento fue cuando conocí a Willy, por vez primera. Me escuchó, muy serio, poniendo después, las cartas boca arriba. ¡Estaba dispuesto a poner en práctica la idea de Joe!

«Ya puede imaginarse mi sorpresa. Pero en seguida me di cuenta de todo lo que podía sacar de aquel asunto... Willy puso en libertad a Joe que, a partir de aquel momento, se convirtió, en un hombre «honrado».

— ¿Cuál era el plan? —inquirió Carter, muerto de impaciencia y curiosidad.

—Uno grandioso. Knapp se hizo cargo de una serie de locales donde se instalaron los Supermercados. Sólo él obtuvo la autorización, que Willy refrendó con su autoridad de Jefe Superior de Policía...

— ¿Conoce usted el régimen de importaciones?

—No del todo.

—Es sencillo. Venus, como todo el mundo sabe, es un planeta pobre. La agricultura y la minería apenas si bastan para equilibrar su balanza de pagos. Eso hace que tenga que importarse todo: desde los alimentos modernos hasta los artículos de toda clase.

—Comprendo.

—Existen firmas importantes e infinidad de comercios que venden esos artículos, cuyo precio, lógicamente, es bastante caro, ya que las importaciones son muy costosas.

»Al principio, los Supermercados permanecieron casi cerrados, vendiendo artículos sin importancia. Pero Joe había hecho una campaña de prensa, radio y televisión muy fuerte, anunciando que sus Supermercados iban a vender más barato que nadie, ayudando a la población civil.

»La gente no podía creerlo; pero, de repente, todos los Supermercados se abrieron, ofreciendo, como se esperaba, mercancías y artículos a precios un poco, más inferiores que los otros, lo que hizo que el público, en general, comprase allí.

»Claro que, entre tanto, habían pasado muchas cosas. Simulando «razias», nosotros acordonábamos un barrio, obligando a sus habitantes a encerrarse en sus domicilios. Luego, impunemente, nuestros agentes abrían las tiendas, llevándose una parte de lo que allí había... y que iba a parar a los Supermercados.

— ¿Y no reaccionaron los perjudicados?

— ¡Inmediatamente! Acudieron en grupo a las Comisarías de Policía y a los periódicos. Entonces se intervino toda denuncia,

haciendo comprender a la gente que un grupo de malos ciudadanos, con el pretexto de unos pequeños robos, cuyos autores habían sido detenidos, deseaban echar una mancha de deshonor sobre la policía de Venusville.

— ¡Muy astuto!

—Hubo algunos que insistieron, pero unas cuantas palizas y algunas noches en los calabozos les hicieron comprender que no podían jugar. Se estableció entonces una censura seria sobre todos los medios de difusión, logrando que Venusville se convirtiese en la ciudad más tranquila y pacífica del Sistema.

—Pero, ¿no cesaron de importar los comercios que se sabían robados de esa forma?

—Lo intentaron, pero, el gobernador, un viejo inútil, oyó las palabras de Willy, que le hizo creer que querían quitarle su puesto, sometiendo a la población a un régimen de hambre. Un grupo de la banda de Knapp, haciéndose pasar por pobres ciudadanos hambrientos, linchó a un par de comerciantes y ¡los otros comprendieron que debían seguir importando.

»Lo que nos interesaba era ganar dinero a manos llenas, haciendo que lo que contenían las cajas de los riquísimos comerciantes establecidos en el planeta pasase a nuestros bolsillos. Había suficiente dinero para que esta situación durase años, ya que no se robaba más qué una tercera parte de lo importado, de manera a no estrangular el plan de golpe, matando la gallina de los huevos de oro.

Jadeó un poco, continuando luego:

—Todo iba a las mil maravillas hasta que uno de los hombres de Knapp, su lugarteniente, Parker, pensó que podía sacar tajada yendo a la Tierra con una prueba de la inmoralidad que reinaba aquí.

«Parker era un hombre inteligente y nos jugó una mala pasada. Haciéndose el moribundo, nos hizo llamar a su casa para despedirnos. Se había inyectado algo que de daba, en efecto, un aspecto cadavérico. Fuimos todos, incluso Willy. Y hablamos de todo, lamentando que hombre tan necesario como aquél nos dejase.

»Pero el muy tuno de Parker había escondido, unos micrófonos, enlazados a un magnetofón, y tomó toda la conversación, en la que nos declarábamos amigos suyos y autores del plan que se estaba llevando a cabo.

«Fue una verdadera suerte que, al día siguiente, yo me enterase por una confidencia de lo que había ocurrido. El técnico que había montado los micrófonos cogió miedo y vino a verme.

«Comuniqué a Knapp y a Willy lo que ocurría y se medió la orden de cazar a Parker, fuera como fuese, antes de que lograra escapar. Lo

atrapé por la calle.

Y él, creyendo que me calmaría, tiró la cinta magnetofónica, pensando que esto sería suficiente.

«Cogí la cinta y le seguimos con el coche de Willy, un modelo silencioso y potente que se había hecho traer de la Tierra. Lo atropellamos en un sitio alejado... pero un periodista lo vio y tuvimos que eliminarle también.

— ¡Ustedes sabían que no podría publicar nada!

—Desde luego ¡pero «sabía» y eso era lo suficiente para hacerle callar para Siempre.

— ¿Dónde está el cadáver?

—Lo «aterramos en el Cementerio, esperando que su viuda se fuese. Luego lo sacamos, quemándolo.

— ¿Murió Charles por eso?

—Sí. Habló con usted de Payne, cosa que no nos importaba, ya que habíamos hecho borrón y cuenta nueva.

—También me negaron que Payne y su esposa vivieron en su domicilio.

—Ya le he dicho que nos encargamos de hacer ver que jamás habían existido.

—Desde luego. ¿Y por qué intentaron matarme a mí?

Morgan sonrió, abriendo de nuevo los ojos.

—Por lo mismo. Cuando nos enteramos de que habían preguntado por el cuerpo de Clement Payne, en el Cementerio, llegamos a la conclusión de que debía morir.

—Por lo visto, al saber que soy de la SIP ha cambiado todo.

—También lo creo así. Debíó verle el doctor Schaffer, amigo de Willy, que le hizo decir la verdad.

— ¡Ahora lo veo claro! Una vez supieron que era de la Spacial International Police, se dieron cuenta de que no convenía matarme, ya que hubiera sido la última cosa que habrían hecho. Y Willy me envió a Ringold para urdir la pérdida de Joe y la suya, quedando él al margen, limpio de polvo y paja.

—Ésa ce la verdad.

Había un brillo de reproche en la mirada de Carter cuando dijo:

— ¿Y usted quería matarme, después de haber sido traicionado por Willy?

—Y lo hubiera hecho.

— ¿Por qué?

—Usted no lo comprende. Willy, después de todo, se portó siempre bien conmigo. Nunca poseí lo que tenía ahora, gracias a él... ¡Pero no puedo perdonarle haber jugado con Lola!

— ¿Era hermana de la novia de Charles?

— Sí. Por la otra supimos, ya que se lo dijo a Lola inocentemente, lo que su prometido había hablado con usted.

—Entiendo. Pero, de todos modos, va a ser difícil demostrar la culpabilidad de Willy.

— ¿Usted cree?

— ¿Y usted?

Morgan cerró los ojos, respirando con creciente dificultad. Se veían las huellas del tremendo esfuerzo que acababa de hacer hablando todo aquel rato.

Hubo un largo silencio.

Después Morgan dijo, sin abrir los ojos:

—Yo aprecio a Willy. Pero no soy tonto y me sabía cubierto, seguro...

— ¿Por qué?

—Cuando aquella noche, Parker tiró la cinta, antes de entregársela a Willy hice una copia.

— ¿Es posible?

—Como lo oye... Está en mi casa... en la caja de caudales... La combinación es la ma... matrícula.. del... del co... coche..,

Inclinó la cabeza a un lado.

Había muerto.

Carter no perdió tiempo, averiguando, gracias a una llamada telefónica a «Informaciones», el domicilio particular de Morgan, al que se precipitó en un taxi.

Había empezado a llover de nuevo.

Alex vivía en una de las zonas residenciales más elegantes de la ciudad. Winston le había registrado, cogiendo el llavero que, entre otras cosas llevaba Morgan consigo, y no le fue difícil abrir la puerta, penetrando en la casa, que estaba completamente a oscuras.

Después de comprobar que las persianas estaban cerradas, el agente de la SIP encendió la luz, encontrándose en un suntuoso vestíbulo, amueblado con un lujo increíble.

Razón tenía Morgan al decir que jamás soñó vivir como había logrado hacerlo.

Tras recorrer la planta baja, Carter encontró la escalera que

conducía a la parte superior, diciéndose que la caja fuerte debía de encontrarse arriba.

Subió, desembocando en un rellano que se prolongaba por ambos lados en un pasillo con puertas por todas partes.

Había, sin embargo, una luz vacilante que salía de una de ellas.

Sacando la pistola, Carter avanzó hacia allá abriendo de golpe la puerta.

— ¡Arriba las manos! —gritó.

Porque había un hombre que le daba la espalda, frente a una chimenea cuyo fuego era el que había producido la claridad vacilante que el joven había visto desde él pasillo.

El hombre se volvió, después de haber levantada los brazos.

¡Era Thomas Willy Snopp!

El Jefe Superior sonreía.

—Buenas noches, Winston.

— ¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve; esperarle.

— ¿Entonces?...

—Sencillo, amigo mío. ¿O hemos olvidado que los dos somos policías?

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que, desde el primer día que llegó usted al hotel, se instalaron micrófonos para saber todo lo que pasaba en su habitación. ¡La conversación con Morgan ha sido verdaderamente interesante!

—No creo que lo sea tanto para usted...

— ¿Por qué?

—Porque ya puede imaginarse a qué he venido aquí. ¡Voy a detenerle, Willy! ¡Usted es el responsable directo de todo!

Snope no pestañeó.

—Y aunque lo fuese... ¿Cómo va a demostrarlo, mi querido amigo?

Carter palideció.

Porque acababa de darse cuenta de que, al fondo de la habitación, la puerta de la caja fuerte estaba abierta.

Thomas sonrió, haciendo un gesto hacia la chimenea:

—Lo que usted busca — dijo — ha ardido de una manera espléndida... ¡hace sólo unos instantes!.

Winston se mordió los labios.

Todas sus esperanzas se venían abajo, estrepitosamente, como un castillo de frágiles naipes.

— ¿Se da cuenta, muchacho? Para detenerme y, sobre todo, para procesarme, necesita pruebas... que yo acabo de destruir.

Carter miró a aquel hombre con un odio con el que jamás había mirado a nadie.

Sin poder evitarlo, pensó en Cyntia, en la muerte de Clement y en la de tantos otros que ahora, por una estupidez, no iban a servir para nada.

Pero, de repente...

La carcajada que lanzó hizo que Willy le mirase con los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¿Se ha vuelto usted loco? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Sí, Willy: acabo de volverme loco, pero es de alegría.

— ¿Por qué?

—Porqué recuerdo que hay otra copia de esa cinta que usted acaba de destruir.

— ¿Otra copia?

—Sí... ¡la que debe de tener usted en su casa! ¡Usted no es de esos hombres que queman las cosas! ¡Estoy seguro de que, de vez en cuando, para convencerse de su omnímodo poder, la escucha con delectación!

Era una finta, un «farol» alocado del que Carter no esperaba más que burla.

Pero la reacción del otro le hizo comprender que había acertado, por pura casualidad.

— ¡¡Mientes perro!! ¡¡La destruí!!

Todo negaba, en el aspecto de su rostro, la mentira de aquellas palabras que acababa de pronunciar.

Y Winston, con una sonrisa, dijo:

—Lo lamento, Willy...

Apretó el gatillo, en posición «uno», haciendo que las dos balas anestésicas hicieran desplomarse al Jefe Superior.

Miró el cuerpo de Willy.

Y con voz emocionada, en tono bajo dijo:

— ¡Puedes dormir tranquila, hermanita! ¡Clement ha sido vengado!



COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampas*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Para qué iba a emplear aquellos cincuenta cadáveres metidos en sus ataúdes?

EL PLANETA NEGRO

Una escalofriante novela de JOHNNY GARLAND que le pondrá los pelos de punta.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

[←1]

Todos los lectores habituales de la Colección SIP saben que, a partir de la triste experiencia que costó a Callowan la pérdida de su tarjeta de identidad (véase la novela titulada *La Banda de los Pirógenos*), el doctor Pat Sullivan inventó un modo de grabar dicho documento en la piel del tórax de todos los agentes, con un procedimiento invisible, excepto para ciertas radiaciones sólo conocidas por la Spacial International Police.